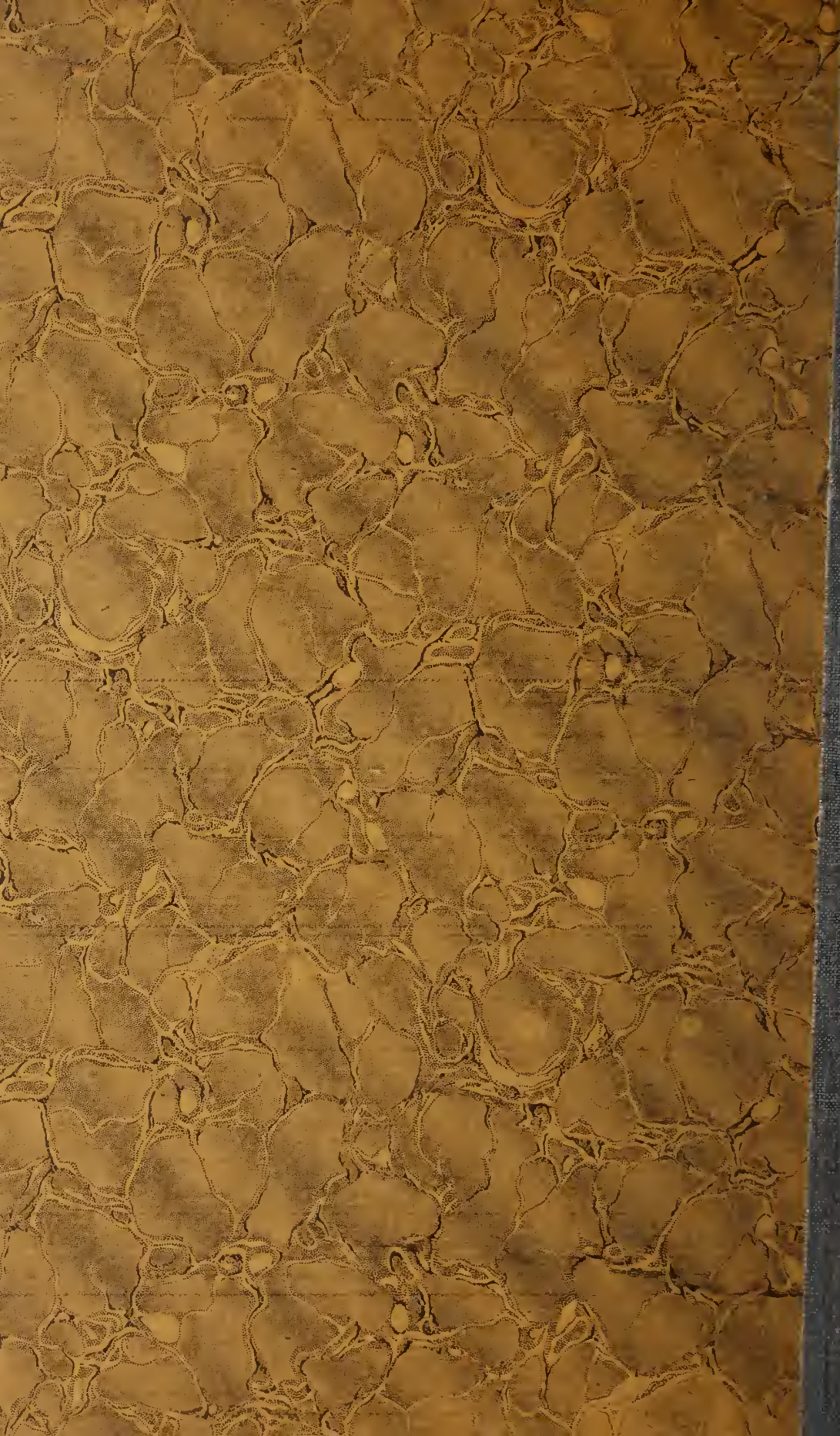
Duque de Villahermosa

Discursos leidos ante la

Real Academia Española



LS
V7134d

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE

LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

EXCMO. SR. DUQUE DE VILLAHERMOSA

EL DÍA 10 DE FEBRERO DE 1884

341100
21.2.30.

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUFRULL
calle de la Flor Baja, 22

1884

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/discursosledosan00vill

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DUQUE DE VILLAHERMOSA

Señores Académicos:

Nunca pude imaginar que el haberme llamado á tan honroso puesto pudiera justificarse con otra razón que con el nombre que llevo, ya que ha sido tradición en mi familia el honrar á las letras y á sus cultivadores. ¿Por qué no he de confesar que recibo esta honra, tan alta para mí, como un recuerdo á aquellos antepasados míos que dejaron escritos sus nombres en las inmortales páginas de la historia literaria de Aragón, y á aquellos otros no menos doctos, aunque más modestos, que sólo dieron pruebas de su amor á la ciencia en la serena y estudiosa quietud de su gabinete, donde no pocos varones de ilustre renombre en las letras apreciaron por experiencia propia el rico caudal de sus conocimientos, y su juicio alto y seguro en toda cuestión relativa al arte literario?

Nuevo precio da al favor que de vosotros recibo, y aumenta la deuda de mi gratitud, el considerar que no son los tiempos que corren los más á propósito para que puedan servirme de escudo gloriosas historias, quizá olvidadas ya, como todo lo que tiene su fundamento en cosas tan insta-

bles y movedizas como son el tiempo y la grandeza humana. No por vanidad, sino por modestia, dudé mucho en aspirar á tan alta distinción. Al fin, el cariñoso recuerdo de aquellos abuelos míos que tuvieron asiento en esta casa, y el filial deseo de alcanzar lo que lograron ellos, venció mi timidez, y me trae hoy ante vosotros. Sé que no habéis de tacharme de inmodesto, ni negarme vuestro favor, puesto que es de ánimos levantados dar la mano al que en su mismo asombro y turbación manifiesta bien su debilidad.

Harto sabéis que las armas y la ciencia fueron siempre en nuestra España los títulos más altos y valederos para toda elevación honrosa: no han sido otros los verdaderos fundamentos de nuestra aristocracia. Vicisitudes de todos conocidas no permitieron á muchos de sus descendientes seguir el noble ejercicio de las armas; sólo restaba el camino de las letras á quien no se contentase con el heredado esplendor de ilustres abuelos. No cultivador feliz de las letras, pero sí amante entusiasta de ellas, vengo á ocupar este puesto, con el único deseo de no empañar demasiado el lustre y esplendor de los que vais á ser compañeros míos. No son mis palabras eco vano de fingida modestia, sino expresión sincera y leal de mi gratitud.

Pero ¿cómo pronunciar la palabra modestia, sin traer á la memoria el nombre del estudioso y recto varón á quien tengo la desgracia y la fortuna de reemplazar; del Excelentísimo Sr. D. Tomás del Corral y Oña, marqués de San Gregorio, eminente Catedrático de la Escuela de Medicina, Rector ilustre de la Universidad Central, Presidente de los Médicos de la Real Cámara, y Académico de la Lengua? Otros más entendidos en las ciencias que él cultivó podrán aqui-

latar las indisputables dotes que en su larga carrera científica fueron adorno de su bien aprovechada existencia. Y la figura del marqués de San Gregorio aparecerá, conforme el tiempo corra, tanto más grande, cuanto mayor era su severidad científica, atenta sólo al fondo y á la medula de las cosas. Escritor castizo y diligente, obrero infatigable de la ciencia, alcanzó, á fuerza de asiduo trabajo, los más codiciados honores de su país, y otro honor mucho más raro y envidiable, el título, que todos le concedieron, de varón justo é íntegérrimo. Entre sus varios y bien aprovechados escritos, relativos en su mayor parte á las ciencias médicas, se distingue y separa, así por la materia como por la forma, su discurso de entrada en esta Real Academia de la Lengua. Con él dió señalada muestra mi antecesor de que no le eran, en modo alguno, peregrinos los estudios literarios, de los cuales, por otra parte, solía hacer, en sus particulares conversaciones, feliz alarde, como quien manejaba con pasmosa felicidad y sin igual deleite á Calderón, á Tirso y á Lope, á Fr. Luís de León y á Cervantes, aprendiendo en sus escritos la pureza de dicción, y sacando de sus exquisitos conceptos y expresiones el sabor castizo, que es uno de los principales encantos de su prosa. Larga y provechosa sería mi tarea si intentase penetrar en aquel encantado laberinto de la *concordancia lógica del pensamiento con la palabra*, estudio que mi antecesor tomó por tema de su discurso de entrada, tan aplaudido en este recinto. ¿Pero quién ha de repetir, después de él, la demostración de que la palabra no es mera expresión caprichosa y sin contenido verdadero *(flatus vocis)*, sino que nace, por generación lógica, de la concepción ideal, unida á la espontánea necesidad de traducir, por medio de

los órganos, al lenguaje material y grosero, la noción que brotó incorpórea del entendimiento, como imagen admirable del divino y no igualado Artífice?

¡Honor y gloria á tan insigne varón, dotado por el Señor de tan excelsas cualidades, puesto que no le hizo sólo grande en ciencia, sino rico en virtudes, ejemplar y cariñoso padre, médico tan sabio como honrado, agradecido amigo, y súbdito leal hasta el heroismo; cualidades todas que huelgan, menos que nunca, en esta nuestra generación, en quien la fibra moral anda tan enervada y decaída, muy al revés del entendimiento!

Acatando vuestros Estatutos, que puedo ya decir que son míos, tengo obligación de disertar más ó menos extensamente sobre un punto de la patria literatura, ó de renovar la memoria de algún ilustre y sabio varón, cuya vida y escritos hayan sido gloria de la patria lengua. Os confesaré que fué siempre mi sueño dorado, si algún día alcanzaba la honra de tomar asiento entre vosotros, llamar vuestra atención sobre la vida y estudios de los dos hermanos Lupercio y Bartolomé Leonardo de Argensola. Aragoneses ambos, naturales de Barbastro, y dotados de aquella gravedad de espíritu que es signo característico de su raza, fueron los últimos defensores de la pureza clásica y de la austera corrección de la lengua poética castellana, que ya comenzaba á enturbiarse y malearse por el culteranismo. Y grande hubo de ser y notoria su influencia en aquella generación de principios del siglo XVII, cuando Lope de Vega, uno de los censores que aprobaron sus *Rimas*, no dudó en decir de ellos que «no se hallaría quien se opusiera á tanta erudición, gravedad y dulzura; antes parece que vinieron de Aragón á

reformar en nuestros poetas la lengua *castellana*, que padece por novedad frases horribles, con que más se confunde que se ilustra.» Y si no bastara tan autorizado testimonio para que juzgarais si he procurado el acierto en la elección de mi asunto, os declararé, Señores, que quizá una punta de vanidad egoista me ha arrastrado también á recordar los merecidos lauros de ambos hermanos, como que formaron parte de la casa y familia de Villahermosa. Perdonad este recuerdo que para mí se une inseparablemente con la admiración que profeso á estos dos graves y filosóficos poetas, confesando que el timbre de que más mi casa se envanece, es el de haber acatado, sobre toda otra cosa en el mundo, la virtud y la ciencia.

Breve seré en los pormenores biográficos relativos á los Argensolas, puesto que en recogerlos me precedieron ya el cronista Andrés de Ustarroz en la segunda parte (inédita todavía) de sus *Progresos de la historia de Aragón y elogios de sus cronistas*, y el bibliotecario Pellicer, de quien verdaderamente puede decirse que entró á saco por el manuscrito de Ustarroz, copiándole casi á la letra, en su *Ensayo de una biblioteca de traductores españoles*. Ustarroz, de cuyo manuscrito poseo una copia, será la principal fuente de esta parte de mi trabajo, á la cual añadiré algunas noticias tomadas de los *Comentarios* (también inéditos) del conde de Luna sobre los sucesos de Aragón, y de algunos papeles y documentos de mi casa.

Del antiquísimo linaje de los Leonardos, en la ciudad de Ravena, vino, en tiempo de Fernando el Católico, á asistirle en la conquista de Granada, un noble caballero llamado Pedro Leonardo, el cual, avecindándose en Barbastro, fué

padre de Juan Leonardo, que casó con Doña Aldonza de Argensola, *de calificada nobleza en Cataluña*. Los dos primeros de los cuatro hijos de este matrimonio fueron Lupercio y Bartolomé, que dan materia á nuestro estudio. Comenzaremos por Lupercio, que precedió á su hermano en la edad, y fué también el primero en descender al sepulcro. Nació Lupercio Leonardo en Barbastro, por los años de 1562 ó 1563, á tiempo que su padre, varón prudente y de singular consejo, ocupaba el puesto de Secretario del emperador Maximiliano II, que gobernó á España en ausencias del emperador Carlos V y del Príncipe Don Felipe. Dió alimento intelectual á la estudiosa adolescencia de Lupercio la célebre Universidad de Huesca, que pretendía remontar su antigüedad hasta los tiempos de Sertorio. En aquellas aulas cursaba nuestro autor por los años de 1579 Filosofía y Leyes, y de entonces datan sus primeros ensayos poéticos, de los cuales quizá los más antiguos que pueden citarse son el soneto laudatorio que exorna el libro *De la divina y varia poesía* del religioso mercenario Fr. Jaime de Torres, y la carta en tercetos, discreta y sazonadísima, que dirigió á Don Juan de Albión desde Lérida, adonde fué en el séquito de la emperatriz de Austria Doña María, hermana del rey católico Felipe II, de la cual augusta señora era servidor su padre.

«Aquí donde en Afranio y en Petreyo
Á César se rindió la vez primera
La no vencida suerte de Pompeyo.»
. . . . . .

Puede notarse en la valentísima serie de tercetos encabezada con éste, alguna incorrección y desorden, pero el

estilo del poeta aparece ya enteramente formado y con los mismos caracteres que ostentó en su madurez, el mismo tono grave y reposado, el mismo espíritu de censura moral y de reprensión de los desórdenes públicos. Hay sátiras suyas mejores, pero todas parecen hermanas gemelas de ésta.

Los profundos conocimientos de Humanidades que sacó Lupercio de la Universidad de Huesca, hubo de perfeccionarlos luego en Zaragoza, bajo el magisterio del docto Jesuíta flamenco Andrés Scotto (colector de la *Hispania illustrata*, y grande investigador de nuestras antigüedades), el cual le enseñó la lengua griega, de cuyo estudio quedan inequívocas muestras en sus versos, donde lucen, primorosamente engastadas, no pocas joyas de los poetas y filósofos helénicos.

La fama de sus estudios y talento poético, y verosímilmente la protección de la duquesa de Villahermosa, Doña Juana de Pernestain y Manrique, dama alemana del séquito de la Emperatriz, á la cual había servido también el padre de Lupercio, inclinaron al duque D. Hernando de Aragon, conde de Ríbagorza, á aceptar por Secretario suyo, en 1585, á Lupercio, quien desde entonces parece haber tenido su habitual residencia en Madrid. Aquí formó parte de la *Academia Poética Imitatoria*, nacida á ejemplo y emulación de las famosas de Italia. En ésta, como en aquéllas, era obligación, harto risible, de instituto y reglamento, mudar el nombre de bautismo, adoptando otro poético y convencional, con alusión recóndita á personajes de la Mitología antigua, ó á casos y aventuras propios del poeta. Lupercio tomó el de *Bárbaro*, y dió la razón en unos tercetos, donde, después de

manifestar su odio á las necedades autorizadas y aplaudidas en el mundo, termina así:

«Por alguna razón de las que digo,
Darme nombre de *Bárbaro* le plugo,
De veras ó burlando, á quien conmigo
De amor quiso llevar el dulce yugo.»

Aludiendo en esto cortesana y discretamente á la que era entonces Señora de sus honrados pensamientos, y luego esposa suya muy amada, Doña María Bárbara de Albión, quien, como se acaba de ver, le impuso su propio nombre, queriendo mostrar hasta en él el absoluto dominio que en su voluntad ejercía: vanidad bien propia de corazones femeniles. Á los veinticinco años de su edad, por los años de 1587, contrajo Lupercio matrimonio con esta señora.

Ya entonces era famoso, no sólo como poeta lírico, sino también como dramático. Corrían, si no de molde, á lo menos en muchas copias, y aplaudidas singularmente en los teatros, tres tragedias suyas, la *Filis*, la *Isabela* y la *Alejandra*. De estas dos últimas, da á entender Agustín de Rojas, en su *Viaje entretenido*, que las escribió Lupercio de muy tiernos años, y en su Loa de la Comedia vuelve á mencionarlas en estos términos:

«Las cosas iban mejor,
Haciendo entonces Artieda
Sus *Encantos de Merlín*
Y Lupercio sus tragedias»

La *Filis* se ha perdido: la *Isabela* y la *Alejandra* quedan, y han sido muy diversamente juzgadas, según que los críticos se han olvidado más ó menos del estado del teatro es-

pañol en tiempo de Lupercio. Nadie les ha negado bellezas líricas, y un estilo en general noble, elevado y sentencioso; pero, miradas en su trama y contextura, la *Alejandra* ha parecido un verdadero monstruo dramático, y la *Isabela*, aunque más regular, afectuosa é interesante en sus dos primeros actos, decae en los restantes por el atropello increíble de la acción y por los fríos horrores que para desatarla se acumulan. Es para mí indudable que Lupercio no era poeta dramático, ni siquiera poeta de pasión en lo lírico. La índole de su ingenio, meditabundo y reflexivo, le llevaba con marcado y decisivo impulso al cultivo de los géneros templados, en que tiene más parte el razonamiento discursivo, v. gr., la sátira y la epístola. Pero aun con esta inferioridad suya, si Lupercio hubiese alcanzado los tiempos de la definitiva constitución del teatro español por los esfuerzos de la escuela de Lope, hubiera producido algo, por una parte más nacional, y por otra parte menos informe que aquellos caóticos engendros, donde hoy sólo podemos leer con agrado algunos trozos de versos felices, y estudiar un como rudo bosquejo de lo que fué después la *comedia heróica española*, en cuyos orígenes influyó, á no dudarlo, nuestro Argensola, tanto quizá como Juan de la Cueva ó Cristóbal de Virués.

La regularidad clásica, á que violentamente quiso ajustarse Lupercio, en medio del desorden real de su concepción, hizo que estas tragedias encontrasen gracia ante los ojos indulgentes del prodigioso Miguel de Cervantes, que se atrevió á proponerlas como dechado de perfección para los poetas dramáticos, aun en los días en que ya Lope de Vega se había alzado con el cetro de la hispana escena. Error crítico fué el de Cervantes, que nos enseña cuán frágil y revoca-

ble suele ser, ante el tribunal de la posteridad, el juicio de los contemporáneos.

Concurrió Lupercio, en Abril de 1589, á los solemnes regocijos que celebró la Universidad de Alcalá con motivo de la canonización de San Diego, presentando á aquella Justa Poética la soberbia canción *En estas sacras ceremonias pías,* que es, de todas las suyas, la que tiene mayor arranque y movimiento lírico más vivo é intenso.

Los pleitos y las turbulencias de Ribagorza habían ido abriendo día por día el camino á Felipe II, para abatir á la aristocracia aragonesa, é intentar muy profundas alteraciones en el modo de ser político de aquel antiguo reino. La fuga de Antonio Pérez fué como la chispa que puso fuego al combustible, ya de largo tiempo acumulado. Aquellos sucesos son muy conocidos, sobre todo por la narración elegantísima del mismo Lupercio, y por la que en nuestros días hizo con tanto saber y copia de datos el marqués de Pidal, nuestro llorado compañero; pero no se ha de omitir la parte indirecta que Lupercio Leonardo tuvo en aquellos disturbios, redactando, por encargo del duque de Villahermosa, los documentos que este dirigió al Rey. De ellos dice el conde de Luna, en sus *Comentarios* inéditos, que «no desmintieron el crédito que se tenía de la elocuencia y madurez de Lupercio en tan verdes años.» Y el mismo Lupercio, en su *Relación* famosa, confirma esta intervención suya con tales palabras: «Yo me hallé presente á las cosas más graves en Aragón y en la Corte del Rey, y traté con los Ministros reales mucha parte de ellas. Finalmente, como dijo aquel troyano, yo *puse las manos* y fui parte en ello.»

Del servicio de los duques de Villahermosa, á quienes

tan lealmente asistió en aquella tremenda crisis, hubo de pasar Lupercio á la Secretaría de la emperatriz doña María de Austria, que, juntamente con su hija, la Infanta doña Margarita, vivía retraída, pero con servidumbre como de Princesa, en las Descalzas Reales. Los ocios, sin duda largos, que tal cargo dejaba á Lupercio, dedicólos casi exclusivamente á la historia de Aragón, sobre todo después que los Diputados de aquel reino le confirieron el cargo de Cronista, destituyendo á Jerónimo Martel, sin duda por haber escrito con más libertad de la que á la sazón se acostumbraba, desazonando con esto á gente poderosa de aquel reino. Lo cierto es que Argensola, á quien tampoco creemos capaz de faltar á la verdad histórica á sabiendas, fué el heredero de los papeles de Martel y del doctor Costa, con encargo de *expurgarlos* y de borrar cuanto en ellos no tocase directamente á la historia del reino, en lo cual, á decir verdad, siguieron claudicando bastante los cronistas aragoneses, principiando por el mismo Bartolomé, hermano de Lupercio, á quien, y á sus continuadores, más bien puede y debe considerárselos como historiadores generales de España, que no como analistas particulares de una región (aunque principalísima) de ella.

Pero tornando á Lupercio, diremos que en él se dió por primera vez la novedad, muy significativa, de acumularse en su cabeza, con el cargo de Cronista *del Reino* que le confirieron los diputados de Zaragoza, el de Cronista *del Rey*, del cual se le expidió título en Madrid, á 15 de Enero de 1599, con muchos gajes, emolumentos, honores y prerogativas: indicios claros todos de que los futuros cronistas asalariados por la Corona iban á seguir forzosamente el movimiento

centralista y de absorción, que llevaba á rápida y no evitable ruina las seculares y venerandas instituciones de Aragón, y con ellas la independencia de sus cronistas, de la cual quizá daba la última muestra el mismo Lupercio en algunas partes de su *Relación*.

Más audaz y resuelto Jerónimo Martel, apeló contra los Diputados que le quitaban su cargo de Cronista, para dárselo á Lupercio; pero no alcanzó otra cosa sino la pena más dura para un hombre de letras, es decir, que se mandaran rasgar sus escritos, sin que quedase rastro ni memoria de ellos. Los tiempos andaban difíciles para escribir historia, y Lupercio. que no tenía vocación de mártir, se abstuvo de hacerlo, ó, por lo menos, de dar á la estampa el breve, aunque precioso, fruto de sus trabajos, es decir, la relación de los movimientos de Aragón en 1591. Inédita permaneció hasta 1808, y, en cuanto á sus *Anales de Aragón*, solo quedaron breves fragmentos, que vió, en poder de su nieto D. Miguel Leonardo de Albión, el cronista Andrés. Pero aun en éstos parece que se proponía, huyendo de los escollos de lo contemporáneo ó demasiado cercano, más bien poner una cabeza á los *Anales* de Zurita, que continuarlos, puesto que era su intento, comenzando por la fundación ó renovación de Zaragoza en tiempo de Augusto, penetrar en el laberinto de los orígenes del reino, eterno palenque de controversias, que aún hoy duran. El 9 de Marzo de 1610, en una representación que dirigía el autor á los Diputados del Reino, anunció que sus trabajos alcanzaban ya «desde el nacimiento de Cristo, hasta la pérdida de España.» Y consta que para ellos formó copioso aparato de libros y antigüedades, y se procuró el auxilio de los más diligentes epigrafistas y numismáticos de su tiempo,

cuales fueron el obispo de Barbastro D. Miguel Ceruto, el archipreste Doctor Sora, y especialmente el Doctor Puivecino, deán de Huesca.

La muerte de la emperatriz doña María de Austria, en 22 de Febrero de 1602, vino á desatar á Lupercio de los lazos que le ligaban á la Corte, y determinó su resolución de retirarse al frondoso sitio de Mozalbarba, inmediato á Zaragoza, donde poseía una casa de campo, mansión amada de las musas y lugar bien acomodado para el cumplimiento de los deseos que, siendo muy joven, había expresado en estos versos:

«Pero si alguna vez de Dios impetro
La quietud, que yo precio y más deseo,
Que de ti, España, la Corona y Cetro:
Si entre cuatro paredes yo me veo,
Si puedo hacer con mis dineros humo,
Y alguna cosa lícita poseo,
Yo juro de poner cuidado sumo
En hacer á las Musas larga enmienda,
Por este tiempo inútil que consumo.»

Mas si tales eran sus propósitos, la ejecución de ellos hubo de estorbársela una penosa dolencia que le puso á punto de muerte, y cuyos efectos fueron tan terribles, que por más de dos años le dejó gafo de pies, manos y lengua, según refiere él mismo en carta á Justo Lipsio.

Estos años fueron de absoluto silencio literario para Lupercio: sólo en 1604 se manifestó su convalecencia física é intelectual con un escrito de menos extensión que sustancia, la docta y generosa apología de los *Anales* del secretario Jerónimo Zurita, contra los reparos malignos y ociosos del Cosmógrafo mayor de Indias y cronista de Felipe II,

Alonso de Santa Cruz. Con ser tan ardiente y desinteresada la apología de Lupercio, no faltaron émulos que quisieran achacarle á él mismo la nota de poco parcial de Zurita y aun de émulo de sus glorias, como si en son de defensa tratase de rebajarle, dando la razón á su adversario en algunos de los puntos en que le zahería, y aun añadiendo nuevos reparos á los suyos.

Última etapa de la vida de Lupercio fué su viaje á Nápoles en servicio del virey conde de Lemos, gran protector y Mecenas de todos los ingenios de su siglo, y famoso que será hasta las edades más remotas, como uno de los dos únicos protectores que alcanzó Cervantes, si bien nunca fué esta protección tan directa y eficaz como la que lograron los Argensolas, de cuyos buenos oficios no debió Cervantes de quedar enteramente satisfecho, según lo muestra aquel *recado* que en el *Viaje del Parnaso* quería mandar á *los Lupercios*, recordándoles promesas antiguas y quizá olvidadas, y añadiendo con profunda, aunque velada, tristeza:

«Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad como la vista corta.»

Fué, pues, Lupercio á Nápoles, con el cargo de secretario de Estado y Guerra del Vireinato, llevando consigo á su hermano el Doctor Bartolomé Leonardo, rector de Villahermosa en aquella sazón. Llevaban uno y otro intención deliberada de ilustrar sobre el terreno mismo las campañas italianas del César Carlos V, de cuya historia dió luego el segundo de ellos alguna muestra. Parecíale mal á Lupercio el orden antiguo de Anales, seguido por los historiadores de

su patría, pues el relatar anualmente todo cuanto sucede (dice en un Memorial presentado á la Diputación del Reino) *indudablemente es ajeno de la gravedad y autoridad de la historia, y ocasión de que se escriba sin tiempo, sin examen, sin elección y sin estilo, propio más bien de Gaceta que no de historias....* Opinaba, pues, que «el proseguir nuestras historias desde el punto en que las dejó Jerónimo Zurita, es decir, desde que quedaron inseparablemente unidas las Coronas de Aragón y de Castilla, exigía mucho cuidado y no pequeño artificio, para que, siendo en la sustancia historia de Carlos V, pudiera conservar, no obstante, el rótulo de historia de Aragón.» De tan saludable advertencia hicieron bien poco caudal sus continuadores, empezando por su propio hermano, y aun al mismo Lupercio le hubiera sido harto difícil cumplirla, puesto que en realidad la existencia histórica independiente de Aragón empieza y acaba donde empiezan y acaban los *Anales* de Zurita.

Los encantos de la dulce Parténope no fueron parte á alejar á Lupercio del amor y cultivo de las bellas letras : al contrario, á él se debió muy principalmente la fundación de la célebre Academia de los *Ociosos*. Ella puede decirse que recogió el canto de cisne de nuestro poeta, y ella honró con pomposos funerales su memoria, después que Lupercio pagó á la naturaleza el común tributo, en edad todavía robusta y floreciente (pues aún no había llegado á los cincuenta), en Marzo de 1613. Su muerte fué tan cristiana como había sido su vida, y «con su muerte (dice el más antiguo y autorizado de sus biógrafos) cayeron todas las esperanzas que de su grande ingenio y elocuencia se había prometido Aragón y toda España.»

Y aun no fué esta sola la pérdida, que algo más que esperanzas había dado Lupercio, y hubieran quedado de él manuscritos copiosísimos, especialmente poéticos, si un escrúpulo nimio no le hubiese hecho entregar á las llamas, en sus postreros días, cuantos papeles pudo haber á las manos, y con ellos sin duda la parte mayor de sus versos. Dícelo su hermano Bartolomé en estos tercetos:

«Abrasó sus poéticos escritos
Nuestro Lupercio, y defraudó el deseo
Universal de ingenios infinitos.
Haz cuenta que rompió su lira Orfeo,
Su heroica trompa el grave Mantuano,
Y Séneca el coturno sofocleo.
¿Por qué, ¡oh más que la vida, dulce hermano!
Autorizaste ejemplos tan crueles
Á las vigilias del estudio humano?»

Igual desdichada suerte hubo de caber á la mayor parte de sus trabajos históricos, incluyendo su versión de los *Anales* de Tácito, de la cual solamente algunos pliegos llegaron á noticia del cronista Andrés. Exceptuando, pues, algunos opúsculos y cartas, ya latinas, ya castellanas, entre las cuales merecen recuerdo singular las concernientes á la cuestión que sostuvo con el P. Mariana, sobre la patria aragonesa del príncipe de los poetas cristianos de la Iglesia latina, Aurelio Prudencio Clemente, la prosa de Lupercio Leonardo se reduce para nosotros á su *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*, que es, á toda luz, á pesar del olvido en que la tenemos, una de las mejores relaciones de sucesos particulares, de que puede ufanarse la literatura española. Cuán grandes sean la austera severidad y el espíritu de rectitud y justicia que en ella campean, bien claro lo indica el hecho de

no haberse atrevido las prensas españolas á estamparla hasta el año 1808, en que vino á darles absoluta libertad la guerra de la Independencia. ¡Y en verdad que libro tan aragonés era bien digno de ser leído por los defensores de Zaragoza! En pocas obras se hallará tan puro amor de patria, y una exposición tan clara y sucinta, á la vez que vigorosa y completa, de la antigua constitución del reino. Si los primeros (y hasta ahora únicos) editores de este libro le sacaron á luz, como parece, con un fin político, bien elegidos estuvieron la ocasión y el momento, pues no puede darse doctrinal más breve de derecho público aragonés, ni estímulo más eficaz para recordar á aquellos pueblos lo que fueron, y aquella libertad de que gozaron, *elogiada por muchos, imitada por algunos y deseada por todos.* «Será forzoso discurrir (escribe Lupercio), por algunas cosas del Reino.... porque en una república es pecado lo mismo que en otra es buen zelo. Ignorancia es juzgar cada cuál por su casa la ajena, y como las leyes de este reino no se parecen á las de otros, es menester mucha experiencia para hacerse capaces de ellas.» Pero con ser aragonés, y tenacísimo fuerista, y empeñado él mismo en la defensa de aquellas libertades, es tal su imparcialidad, que á ratos no nos parece leer á un contemporáneo, sino á un extranjero que juzga con serenidad de crítico sucesos de tiempos y lugares muy remotos. Quizá llevó demasiado lejos esta impasibilidad, contando las cosas muy en abstracto, y suprimiendo nombres, «porque no quiero (son sus razones) avergonzar á los que erraron de ignorancia, de quien se espera enmienda, ni honrar á los que de malicia se estuviesen pertinaces.» Pero cuánto estimaba la verdad incorrupta, bien lo mostró oponiéndose á

que su libro se imprimiera con las enmiendas que quiso introducir en él, por orden de los Diputados de Aragón, el regente de la Cancillería, Juan Francisco Torralba. Del estilo de esta relación tan sesuda, tan honrada y tan cristiana, sólo os diré que, sin afectar sistemáticamente, como Mendoza ó como Melo, la imitación de Salustio ó de Tácito ó de cualquier otro de los grandes modelos de la historia clásica, se les asemeja en la rapidez y en la fuerza, aunque no en aquel arte divino, sólo á ellos concedido, de mostrar y hacer patentes á la vista las escenas históricas, como si delante de nosotros aconteciesen.

No obstante las excelencias literarias de esta relación histórica, es probable que el nombre de Lupercio yaciera en la memoria de los doctos, confundido con los nombres de otros cronistas aragoneses no menos eruditos y ciertamente más laboriosos y fecundos que él, si no se hubiese ejercitado su ingenio en obras de más amena literatura y más propias para ser conocidas y apreciadas de todo linaje de gentes. Me refiero al breve pero inestimable tesoro de sus elegantes *Rimas*, salvadas por la piedad de su hermano y de su hijo, del fuego á que en Nápoles condenó la mayor parte de sus obras, cruelmente riguroso con los más lucidos partos de su mente. Como acontece con la mayor parte de los versos de nuestros poetas clásicos, los de Lupercio eran ya célebres antes de imprimirse, y bien lo demuestran las numerosas copias que de algunas de estas composiciones han llegado hasta nosotros, y los elogios unánimes de Cristóbal de Mesa, de Lope de Vega, de Juan de Herrera Temiño, de González de Salas, y de tantos otros, ya registrados á este propósito por el cronista Àndrés. Quién califica al mayor de los Argenso-

las de *español Horacio y Propercio;* quién afirma de él que *adorna la lengua con oculto estilo*, y exhortándole á sacar á plaza sus versos, añade:

«No su silencio al bien común resista:
Las sacras Musas tornarán, si él torna.»

Esta reputación se mantuvo íntegra, y aun puede decirse que adquirió nuevos quilates, después que el hijo de Lupercio, D. Gabriel Leonardo de Albión, sacó á luz en Zaragoza en 1634 las poesías de su padre, juntamente con las de su tío, que son muchas más en número; pero quizá no muy superiores en calidad. De todas suertes, es tan estrecho el parentesco intelectual de los dos hermanos, que puede considerarse como un lazo aún más fuerte entre ambos que el de la sangre, y no siempre es cosa hacedera poner en claro la individualidad poética de cada uno, ni separar sus caracteres distintivos, si es que los tienen: que á veces hasta llego á dudarlo, pues nada hay en el mundo más parecido á una sátira de Bartolomé que una sátira de Lupercio. Un análisis menudo y delicado puede advertir ciertas diferencias fisionómicas; pero aun éstas suponen la identidad de los rasgos capitales.

Es el primero, y común á entrambos hermanos, el predominio de la razón sobre la fantasia, y de las facultades intelectuales sobre las del sentimiento. Pero no se ha de entender que este *intelectualismo* (permitidme la frase), que domina en la poesía de los Argensolas, la asimile en nada al prosaismo del siglo pasado, ni de otros períodos de mal gusto, en que totalmente parecieron borrarse los límites

entre la lengua del arte y la de la ciencia ó la de la vida común. Los Argensolas discurren siempre, y se proponen á la continua enseñar; pero discurren y enseñan de un modo poético. Hay en ellos una inspiración que podemos llamar *reflexiva;* pero que es inspiración verdadera. Todo es en ellos templado, sesudo y grave ; pero con una gravedad que no carece de halago artístico, y que á veces, sobre todo en Lupercio, se combina con cierta amenidad y lozanía de estilo. Pero es indudable (aunque pueden citarse, y luego citaré, felices ejemplos de lo contrario) que el vuelo lírico no suele ser en ellos grandioso ni arrebatado; que la cuerda del sentimiento pocas veces vibra; que impera en sus cantos la meditación moral, y que sobre lo concreto, lo vivo y lo pintoresco, principal materia de la poesía, se levanta casi siempre, en la de los Argensolas, lo general y abstracto. Nace de aquí su afición extremada al cultivo de la sátira y de la epístola (casi siempre satírica también), géneros cuya principal materia son las verdades del orden moral, á las cuales se oponen como contraste, provocando las iras del poeta, los vicios y desórdenes públicos. Por eso el moralista rara vez deja de tener puntas de satírico, y aun suele pasar plaza de hombre misántropo y atrabiliario; al paso que la sátira, si no se ha de arrastrar por los lodazales de la detracción personal y del infame libelo, sólo en la moral puede encontrar su fundamento, siendo, por decirlo así, una aplicación viva y perenne de la inflexible justicia. Son inseparables, pues, en su fundamental concepto, la epístola moral y la sátira, y los Argensolas se vieron arrastrados por una necesidad lógica al cultivo de entrambos géneros, y aun á mezclarlos en una misma composición.

Esta sátira de los Argensolas es la sátira clásica, pero no ciertamente la sátira de Juvenal, á pesar de la predilección con que Bartolomé la miraba:

«Pero cuando á escribir sátiras llegues,
Á ningún irritado cartapacio,
Sino al del docto Juvenal te entregues.»

El consejo puede ser acertado; pero los Argensolas no le siguieron, ni á ello les llevaba su índole. No falta algún pasaje de las sátiras de Bartolomé que recuerde las crudezas y desnudeces de Juvenal; pero generalmente carecen de la áspera y desolladora vehemencia del satírico latino, á quien sólo Quevedo ha podido igualar en castellano. Los Argensolas no emplean cauterios tan ardientes; pero tampoco es su sátira la sátira festiva y algo indiferentista de Horacio, que con su placidez epicúrea, apenas encuentra en el vicio más que motivos de risa. Los Argensolas, al contrario, toman por lo serio su papel de reformadores de costumbres: predican moral en largos *sermones*, y esto explica el tono amargo y desengañado que con frecuencia adoptan.

El segundo rasgo común á los dos Argensolas es la exquisita pureza de su dicción, no enturbiada jamás por voces bárbaras ni extrañas. En esto son modelos de perfección casi absoluta. Alcanzaron nuestra lengua en la cumbre de su grandeza, y pertenecen enteramente al gran siglo, sin mácula ni resabio culterano. Pero en esta lengua, que se mamaba entonces con la leche, y que tantos y tantos escribieron bien, ellos supieron mostrarse creadores y originales, en el buen sentido de la palabra, no ciertamente por inversiones forzadas y términos exóticos, sino por diestras y feli-

ces asociaciones de palabras, por frases enérgicas y precisas, por vibrantes sentencias y modos de decir de gran novedad y hermosura, que han venido á quedar en el fondo de la lengua , y que hoy la realzan y ennoblecen.

Pero si entre los dos hermanos fuera lícito establecer alguna diferencia en punto á condiciones artísticas, me atrevería yo á notar en Lupercio algunos rasgos de imaginación más pintoresca, galana y colorista , y algo menos austero y ceñudo que lo que generalmente vemos en las composiciones de su hermano. Esta mayor lozanía es visible especialmente en los sonetos amorosos, que así y todo, por la genialidad reflexiva y verdaderamente *aragonesa* del poeta , suelen terminar en sentencias y máximas morales , de un alcance superior al que pudiera esperarse del asunto. Modelo insuperable es, en esta parte, aquel soneto de tan clásica precisión y feliz novedad en los epítetos, donde *las paredes de jaspe, el techo de oro*, el tirano que despierta *temblando y con sudor*, el *popular tumulto que rompe las herradas puertas*, y el *hierro oculto del siervo sobornado*, forman un cuadro digno de Tácito, y trazado con tan poderosa mano, que debilita y oscurece el pobre pensamiento final :

«Y déjale al amor sus glorias ciertas.»

En estos sonetos amatorios de Lupercio, suele valer mucho más la exornación que el pensamiento. Dejadme que cite íntegros dos de los más elegantes y mejor versificados:

«En vano se me oponen las montañas
Con altos riscos de cuajada nieve ,
Y en vano el Aquilón sus alas mueve
Derribando cortijos y cabañas :

Que el fuego que yo traigo en mis entrañas
Bastará á derretirla en tiempo breve,
Y si á luchar con él mi fe se atreve,
No será la mayor de sus hazañas.
Y si un hombre triunfó de su violencia,
Pasando por los Alpes las banderas
Que llevaron á Italia muerte y luto,
No hallarán las que sigo resistencia,
Que son de un Dios que abarca las esferas,
Terrible, vengativo y absoluto.»

—

«Si acaso de la frente Galatea.
El velo avaro, sin pensar, levanta,
Vuelve á cubrirse con presteza tanta.
Que más atemoriza que recrea.
Así en oscura noche á quien desea
Ver donde asienta la dudosa planta,
Del rayo la violenta luz espanta,
Y tiempo no le da para que vea.
Severa honestidad, que ha señalado,
Hasta á la vista, límites y pena,
Si los excede por seguir su objeto:
Pues ha los libres ojos sujetado,
No es mucho si la lengua nos enfrena,
Y tantos padecemos en secreto.»

Y no quiero omitir, por último, este, tan lleno de filosófica conformidad, á la edad madura de un enamorado:

«Si quiere amor que siga sus antojos,
Y á sus hierros de nuevo rinda el cuello,
Que por ídolo adore un rostro bello,
Y que vistan su templo mis despojos;
La flaca luz renueve de mis ojos,
Restituya á mi frente su cabello,
Á mis labios la rosa y primer vello,
Que ya pendiente y yerto es dos manojos.
Y entonces, como sierpe renovada,
Á la puerta de Filis inclemente,
Resistiré á la lluvia y á los vientos.

Mas si no ha de volver la edad pasada
Y todo con la edad es diferente,
¿Por qué no lo han de ser mis pensamientos?»

Entre los mejores, debería contarse asimismo, y aun pasar por modelo en el género descriptivo, aquel que comienza:

«Llevó tras sí los pámpanos Octubre....»

si no le encontráramos en las actas de la Academia de los Nocturnos de Valencia, á nombre del canónigo Francisco de Tárrega, grande amigo de Lope de Vega.

Entre las escasas odas de Lupercio hay tres, á mi entender, de primer orden. De dos de ellas, la canción á la Esperanza:

«Alivia sus fatigas el labrador cansado....»

y la dirigida á Felipe II en la canonización de San Diego, oda que puede tenerse por una especie de apoteosis en vida, donde el autor acomodó diestramente á su propósito y á la alabanza del Rey algunos versos del proemio de las Geórgicas, nada he de decir, porque andan en memoria y en lenguas de todos. Pero no quiero omitir que procedió injustamente Quintana (si ya esta injusticia no ha de explicarse por su notoria mala voluntad hacia la poesía religiosa), no incluyendo en su colección, al lado de ellas, otra quizá más lírica y menos aparatosa, y de más sincera y ardiente inspiración. Me refiero á la oda triunfal en que Lupercio, levantando del polvo la lira de su ilustre compatriota Prudencio, volvió á celebrar, con acentos de gran poeta, el glorioso martirio del confesor oscense San Lorenzo:

«¡ Dinos, Laurencio, qué corona y palma
Por angélicas manos sustentadas,
Ó qué escuadrones te descubre el cielo!
¿Con qué triunfo esperaban que tu alma
Dexase sus cenizas consagradas,
Y alzase para Dios el alto vuelo?
¿Rompióse acaso el velo
Del Trono Soberano,
Y viste al que en su mano
Tiene todos los fines de la tierra?
¿Quién te dió tal valor en esta guerra?
.....
Bien víste tú que tiene el gran Tridente
Con que las aguas embravece y doma,
Y en un arca cifró al linaje humano.
Tú le viste vibrando el rayo ardiente,
Con que abrasó á la mísera Sodoma,
Y ha de juzgar después al siglo vano.»

Pero la obra maestra de Lupercio es, á toda luz, la sátira á una dama cortesana, que principia:

«Muy bien se muestra, Flora, que no tienes
De esta mi condición noticia cierta,
Pues piensas enmendalla con desdenes.»

Larga y poco variada, si se quiere, monótona en ciertos pasajes, especialmente en lo que se refiere á los afeites de las mujeres, forma, con todo eso, un cuadro acabadísimo de malas costumbres del tiempo, en el cual ha acertado el poeta con rara habilidad á salvar lo escabroso del asunto, evitando cuanto pudiera ofender á los honestos oidos. Quien desee enterarse de los tratos y galanteos venales de aquella edad, y de cuanto hacían y pensaban las damas devoradoras de patrimonios, lea esta sátira, donde el color local y de época abunda, á pesar de estar llena de reminiscencias de los poetas latinos, diestramente remozadas:

«Y cuando veas al triste que se ablanda,
Lleguen el portugués con el joyero,
Éste con oro, el otro con holanda....»

En el arte de forjar los tercetos, nadíe igualó á los Argensolas. Casi puede lamentarse su extraordinaria facilidad en ellos, porque la intermitencia de este género de versificación, y aquel eslabonarse sin medida, parece como que trae consigo algo de lánguido y soñoliento. Pero todo se le perdona á Lupercio, cuando acierta á acuñar tercetos tan bellos y al mismo tiempo tan naturales como algunos de la descripción de Aranjuez, brillante muestra asimismo de sus facultades descriptivas, v. gr., este de tan serena dulzura:

«La hermosura y la paz de estas riberas
Las hacen parecer á las que fueron
En ver pecar al hombre las primeras.»

Lupercio, lo mismo que Bartolomé, tradujo mucho á Horacio, su poeta predilecto, y le tradujo con la misma independencia y carácter propio que Fr. Luís de León, haciendo hablar al venusino como él hubiera hablado, á ser español y del siglo XVI. De estas imitaciones, más que traducciones, merece el primer lugar la del *Beatus ille*, y no agrada menos ver convertido el *Quis multa gracilis* en un bizarrísimo soneto.

La vida de Bartolomé tiene singular semejanza y estrecho parentesco con la de su hermano, aparte de las diferencias de estado, y de las que naturalmente procedieron de la mayor longevidad. Nació Bartolomé en Barbastro por los años de 1564. Estudió, lo mismo que su hermano, Filosofía y Jurisprudencia en Huesca, donde recibió el grado de Doc-

tor; y lengua Griega y Humanidades en Zaragoza, bajo el magisterio de Andrés Scotto. Sus versos aparecen al lado de los de Lupercio, autorizando el libro de poesías de Fr. Jaime de Torres.

Hasta aquí todo es idéntico, y aun en adelante apenas hay diferencia; sólo que Bartolomé, como sacerdote que era, no fué secretario de la casa de Villahermosa, sino Cura ó Rector de la parroquial que da nombre á este título,

«Entre estas peñas ásperas y yertas....»

que cantaba Lupercio.

Los que escribieron de las alteraciones de Aragón confunden á ambos hermanos en la misma alabanza, calificándolos de «bien hablados, buenos entendimientos y de grandes conceptos,» y á uno y á otro atribuyen las cartas que el duque de Villahermosa dirigió entonces á Felipe II.

Por los años de 1598 aparece Bartolomé Leonardo en Salamanca, ignorándose totalmente los motivos, sin duda de índole científica, que allá pudieron llevarle. Lo cierto es que allí concurrió á las exequias de Felipe II, componiendo una valiente canción, que imprimió el mismo año Matías de Torres en el libro en que describió aquella fúnebre pompa. Y también lo es que de entonces data la sátira *del incógnito*, de que conservó un trozo Ustarroz:

«Todo mi gusto es irme paso á paso
Á la antigua Academia del Eliseo,
Y disputar algún difícil caso.
Tal vez sentado al grave Platón veo,
Que con divina suavidad explica
Los puntos de su Fedro y su Thimeo.
Y cuando siento fatigado el genio

De estudios serios, á espaciarme salgo
Por los jardines de Virgilio y Enio,
Y veces hay que con antojo hidalgo,
Por divertirme más y entretenerme,
De Ovidio, Horacio y de Marcial me valgo. »

Todas las fortunas de Lupercio las siguió Bartolomé, como si un mismo espíritu los animase á los dos. Sirvió de Capellán á la emperatriz Doña María de Austria, y después de su muerte, acompañó al conde de Lemos á Nápoles, bien lejano de cumplir aquellos proyectos de retiro que antes había formulado en una epístola:

«Con tu licencia, Fabio, hoy me retiro
De la Corte, á esperar sano en mi aldea
De aquí á cien años el postrer suspiro.
.....
¡Oh! ¡cuán alegre estoy desde el instante
Que comencé á romper con este oficio
Á mis inclinaciones repugnante!
En vano me introdujo á su artificio
La Corte; bien que yo tan mal me ayudo,
Que salgo de su escuela más novicio.
.....
Y antes que Dios con recompensa justa
Premiase la grande alma de María
(De las augustas la suprema augusta),
Su licencia para esto pretendía;
Y el ver después su muerte pudo tanto,
Que quisiera partirme el mismo día....
.....
No pude resistir á la persona
Grave, que lo estorbó, ni al noble lazo,
De la razón cortés, que me aprisiona.»

Apenas puede decirse que turbaran la quietud de la estudiosa vida del Dr. Bartolomé algunas controversias literarias en que se vió envuelto, v. gr., la promovida por el es-

grimidor D. Luís Pacheco de Narváez, que se decía «maestro en la filosofía y destreza de las armas,» y que nunca le perdonó los agudísimos dardos del soneto que principia :

«Cuando los aires, Pármeno, divides .
Con el estoque negro.....»

así como nunca perdonó á Quevedo la satírica pintura que hizo de él en su *Buscón*.

Ni faltaron tampoco detractores á la elegante y hasta poética *Historia de las Malucas*, que por encargo del conde de Lemos, Presidente á la sazón del Consejo de Indias, dió á las prensas Bartolomé en 1610. Tachábanla de florida con exceso en las descripciones y en los razonamientos, y aun de poco atenta á la veracidad y á lo sustancial de la historia , en la cual mezclaba, según decían, cuentos y novelas amatorias, ajenas de la gravedad del asunto y aun de los hábitos que el autor vestía. Á todo satisfizo doctamente su hermano Lupercio , y aun parece como si el mismo Rector de Villahermosa hubiese querido dar anticipada respuesta á sus detractores, estampando en la portada el mote *Livori*, á modo de desafío contra los perpetuos roedores del estudio y labor ajenos, los cuales se arrojaban á decir que había empleado diez libros en relatar lo que muy cómodamente hubiera podido encerrarse en un pliego de papel.

Bien acreditadas con este amenísimo libro las condiciones de Bartolomé para la narración histórica, había de recaer forzosamente en él, por muerte de su hermano, el cargo de Cronista de Aragón , que en efecto le otorgaron los Diputados de aquel reino el 23 de Junio de 1615, no sin oposición de algunos, y entre ellos, aunque parezca extraño, del nue-

vo duque de Villahermosa y conde de Luna, D. Francisco de Gurrea y Aragón, que porfiaba por que tal oficio se diese al Canónigo de Jaca, D. Vincencio Blasco de Lanuza, autor de las *Historias eclesiásticas y seculares del Reino de Aragón* [1]. Ignoramos los motivos de tal oposición, aunque, por lo sucedido después, no será temerario buscarlos en el recelo que los Diputados pudieron tener de que por su larga ausencia de España y por su afición á otros ramos de literatura distintos de la historia, no había de tomar Bartolomé la empresa de analista de Aragón con el cariño y diligencia que luego mostró. Pero la verdad es que, apenas recibido el nombramiento, ya escribía á los Diputados, desde Nápoles, 7 de Agosto, participándoles que «Su Santidad se había servido darle un Canonicato en la Metropolitana de Zaragoza, por lo cual, y por cumplir con el oficio de historiador, acudiría á Zaragoza con toda brevedad, tirado de esas dos cadenas.»

En demanda de ese Canonicato, había ido poco antes á Roma, aunque de ningún modo hemos de creer que fuera de aquellos clérigos aseglarados y codiciosos, que él tan claramente flageló en sus sátiras, diciendo:

«Ni á Roma has de pasar por beneficios,
Para darles asalto con la capa
De que son subrepticios ú obrepticios:
Para engañarle no verás al Papa & &.»

Lo cierto es que en Mayo de aquel año le encontramos navegando por el Tíber, á bordo de la falúa de la Capitana de

[1] Los Diputados que eligieron á Bartolomé Leonardo para Cronista, fueron el Licenciado Jimeno Sanz, D. Gaspar Galcerán de Castro y Pinós, conde de Guimerá, D. Juan de Torrellas y Bardají, señor de la Baronía de Antillón, D. Jofre de Bardají, señor de Ballester, D. Miguel de Lanuza, D. Juan Agustín, señor de la casa de Ezpeleta, y Jerónimo Sánchez Cutanda, ciudadano de Zaragoza.

Sicilia, y con grave riesgo de ahogarse en aquel sagrado río, como lo ponderó, más chistosa que caritativamente, nuestro Embajador en Roma, el conde de Castro, en el epigrama que él ó su Capellán, el sevillano Fernando de Soria Galvarro (grande amigo del Rector de Villahermosa, quien le dirigió aquella epístola magistral, verdadera arte poética:

« *Yo quiero, mi Fernando, obedecerte,* »)

compusieron entonces, aludiendo al peligro de Bartolomé y á las esperanzas de la Canongía Cesaraugustana, cuyo poseedor, D. Andrés Martínez, andaba en los últimos trances de la vida. La chanza, á modo de epitafio, con que el Embajador le saludó, fué contestada, con más desenfado que piedad, por nuestro Rector, de esta manera:

«No te pares, caminante,
En lo que dice esta losa,
Que el Rector de Villahermosa
Navega el Tibre adelante:
Dále tú que la vacante
Le salga tan verdadera,
Como él andara en litera;
Mas pienso que no vacó,
Que no muere nadie, no,
Cuando conviene que muera [1].

[1] El epigrama del Embajador, decía:

«Siste el grado, caminante,
Porque derrienga esta losa
Al Rector de Villahermosa,
Ancho de tripa y semblante:
De Zaragoza un instante
Fué Canónigo, y más fuera,
Si caminara en litera;
Mas del agua se fió,
Y el Tiber lo zambulló
Por dar nombre á su ribera.»

Murió, al cabo, el pobre D. Andrés Martínez, y fué para Bartolomé el Canonicato, y, además, la honra de oír de boca del Papa, en Frascati: «*Questo non é niente per quello che V. S. merita, che io stó informato benissimo di sua qualità ed ingegno.*» Agradeció las palabras del Papa, dijo Misa en la Capilla de Nuestra Señora de Loreto, y volvió á España, en compañía de su gran Mecenas, el conde de Lemos, que llevaba ya cumplido el tiempo de su vireinato, y que, descontento de la privanza del duque de Uceda y del estado de los negocios públicos, fué á buscar muy pronto reposo en su villa de Monforte, haciendo aquella vida de labrador, que tan al vivo nos retrata Bartolomé Leonardo en la epístola que comienza:

«Para ver acosar toros valientes....»

Por lo que hace á nuestro Rector, en Zaragoza residió desde entonces, atento á su doble oficio de Canónigo y de Cronista. Éralo ya, no sólo por nombramiento de los Diputados, sino por elección del Rey, para el puesto que dejó vacante el erudito dominicano Fr. Francisco Diago en 29 de Mayo de 1618. Y realmente los trabajos históricos fueron ocupación casi única de Bartolomé en este período de su vida, ora se dedicase á historiar la del César Carlos V, ora intentase, aunque sin llevarlo á término, por expresa oposición de los diputados del reino, narrar nuevamente las alteraciones de Zaragoza de 1591, expresando lo que su hermano omitió. En carta escrita, en Octubre de 1628, á su grande amigo y predilecto discípulo el insigne Carmelita descalzo Fr. Jerónimo de San José, autor del *Genio de la historia*, asegura Bartolomé que «ya tenía escritas algunas

pesadumbres, que precedieron á las de Antonio Pérez é irritaron los ánimos....» «Saldrán á luz (añade), pero, señor mío, ¿quién ajustará los votos ni los pareceres de las congregaciones? Espero en Dios que podré seguir la relación de aquellos sucesos, siquiera por ocurrir á los ingeniosos escritos de Antonio de Herrera, que siempre nos fué mal afecto.»

Menos amigo de Aragón que el insigne autor de las *Décadas de Indias*, era el cronista de Felipe II, Luís Cabrera de Córdoba. El cual, en su segunda parte, que ya corría manuscrita, y que no ha alcanzado hasta nuestros días los honores de la publicidad, tan torcida y falsamente refería el origen de las alteraciones (atribuyéndolo todo al deseo de venganza del conde de Chinchón, D. Fernando Pérez de Bobadilla, por la muerte violenta de la condesa Doña Luísa, su cuñada); que el reino de Aragón, y en su nombre el Rector de Villahermosa, como Cronista suyo, hubieron de oponerse resueltamente á que se divulgara más aquel escrito, á no ir enmendado por Bartolomé Leonardo, el cual efectivamente notó de su letra al margen cuanto le parecía digno de censura. Es probable que rehusara Cabrera someterse á las correcciones del Canónigo: lo cierto es que el tomo, inédito se quedó, hasta que le ha desenterrado la erudición de nuestros días, no sin provecho de la ciencia histórica, que sabe sacar utilidad hasta de los escritores más sospechosos y parciales.

Entre tanto proseguía Bartolomé escribiendo muchos versos, pero negándose tenazmente á publicarlos, á pesar del increíble prestigio de que gozaba su nombre. Los más encumbrados personajes de entonces, el cardenal infante

D. Fernando, hermano de Felipe IV, el duque de Alba, el cardenal de la Cueva, el conde de Humanes, el marqués de Bedmar, se ofrecieron á costear la impresión de aquellas *Rimas*, tan apetecidas hasta del vulgo, que por las calles señalaba á su autor con el dedo, como honra extraordinaria de aquel siglo, del modo que lo testifica uno de los más entusiastas y brillantes discípulos de los Argensolas, el najerano D. Esteban Manuel de Villegas, *español Anacreonte:*

«Vilo, Bartolomé, no una vez sola,
Que el dedo de Madrid te señalaba,
Diciendo: «Este es la Fénix Española.»
Yo entonces pequeñuelo comenzaba,
Y sobre tus pisadas tal vez puse
Mi pie que perezoso caminaba.
Confieso que á gran cosa me dispuse,
Y aunque no conseguí lo que quería,
Con todo eso, á los otros me antepuse.»

Y no con menos fervorosa admiración, aunque no se mezclase en ella el cariño de discípulo, ni la vanidad propia satisfecha, le saludaba el gran Lope como superior á cuantos entonces hacían versos en España:

«En fin, en una edad, muchos escriben,
Pero si en ésta no ha de haber más de uno
. . . . . .
Dijera yo que no llega ninguno
Donde Bartolomé Leonardo llega,
Aunque se enoje la opinión de alguno [1].
Á nadie la verdad cause disgusto:
Divino aragonés, ciñe las sienes
Del árbol victorioso y siempre augusto.»

Pero si Bartolomé Leonardo se resistía tan tenazmente

[1] Probablemente Góngora.

á la impresión de sus versos, ponía, en cambio, diligencia suma en la prosecución de su gran trabajo histórico, como si presintiese que los frecuentes ataques de gota, que cada día le aquejaban más, iban á impedirle que le terminase. Juntábanse á este triste presentimiento agrios disgustos con varios individuos de la Diputación del reino, que á todo trance querían retardar la impresión de la parte ya escrita de los *Anales*. Esta continua pugna de encontrados afectos, y la que al mismo tiempo traía con la impericia de los impresores, le redujeron á tal grado de postración y abatimiento, còmo es de ver en su correspondencia con Fr. Jerónimo de San José: «Duélase de mí que he quedado medio tullido de la gota, flaquísimo de cabeza, y estoy á todas horas enmendando las pruebas. No me satisfacen los impresores que hay en esta ciudad, y me hacen beber copas, y aun vasijas de veneno.»

No sobrevivió mucho á la publicación del primero y único tomo de sus *Anales*. Espiró aquel mismo año de 1630, á los sesenta y siete de su edad.

De sus principales escritos queda ya hecha mención. Los *Anales* sólo comprenden cinco años de la vida de Carlos V, dilatándose especialmente en la guerra de las Comunidades de Castilla, muy contra lo que del título pudiera esperarse. Así y todo, le acusaron algunos en su tiempo de dar excesiva importancia á los hechos de los aragonoses, á lo cual el autor y sus amigos respondían con aquel precepto de Tulio que «cuando no se sigue una gran falsedad, se ha de ayudar á la causa del amigo, en igual y aun menor probabilidad de justicia.» La *Historia de la Conquista de las Malucas* es obra de menores proporciones y más cuidada en

el estilo. Siempre se la ha estimado por una de las mejores relaciones de sucesos particulares que existen en nuestra lengua, y obra bastante para conceder á su autor el lauro de excelente prosista, aunque lo ameno, florido y pintoresco del estilo, y lo portentoso de las hazañas de los portugueses que allí se narran, más la asemejan á una novela que á una historia, no por defecto del autor, sino, al contrario, por ventaja del asunto, que ofrecía ancho campo á la exornación poética, como toda conquista de tierras bárbaras y remotas.

Lo que se ha perdido irreparablemente, y nos interesaba más de cerca que los sucesos de los reyes de Ternate y de Tidore, es el tratado de las *Alteraciones populares de Zaragoza en 1591*, cuya primera parte, única que llegó á terminar, no comprendía, como pudiera creerse, los tumultos excitados por la presencia de Antonio Pérez, sino que, buscando el agua de más lejos, y penetrando en los verdaderos orígenes de aquella revolución, ignorados hoy mismo por el vulgo de los declamadores, refería con gran copia de datos la pretensión fiscal sobre Teruel, las prisiones que allí se ejecutaron y otros actos contra fuero, la llegada del duque de Segorbe y del Dr. Soto de Calderón, inquisidor de Valencia, las sublevaciones de la baronía de Monclús y del condado de Ribagorza, en tiempo de los duques de Villahermosa Don Martín y D. Hernando de Aragón, el pleito de Ariza, el de la baronía de Ayerbe, las Cortes de Monzón de 1585.... sucesos todos que apenas conocemos hoy más que por los *Comentarios*, todavía inéditos, del conde de Luna. Entregó Bartolomé la primera parte de su obra á los Diputados en 1625, y el premio de ella fué mandarle suspender la composición de la segunda, aunque deduzco del manuscrito de Ustarroz, y

de otros documentos que poseo, que llegó á escribirla. Tienen también oculta relación con las turbulencias aragonesas, y esperan todavía en nuestra Biblioteca Nacional editor que los dé á luz y que aclare sus alusiones, tres diálogos lucianescos, *Menipo, Demócrito*, y *Dédalo,* donde, aparte de mucha general reprensión contra ministros, jueces y abogados, hay, como en cifra y discretamente velados, agudísimos retratos de cuantos tomaron parte en aquella última campaña contra las libertades aragonesas.

El desenfado de estos diálogos estorbó que se imprimiesen , y por razones semejantes, aunque no las mismas, es á saber, por la extremada desnudez de expresión, hubieron de quedarse inéditas otras sátiras de Bartolomé (que todavía andan en tomos de papeles varios que poseen los curiosos) , v. gr. , aquella que compuso en Salamanca, y principia :

«Déjame en paz , ¡ oh bella Citerea !»
. . . . . .

que es , en verdad , de las mejores suyas [1].

[1] Para ampliar estas noticias, véase el libro ya referido de Ustarroz , donde están recopilados los elogios que tributaron á Bartolomé Leonardo el P. Fr. Marcos de Guadalajara y Javier, D. Gonzalo de Céspedes y Meneses, el Dr. D. Vincencio Blasco de Lanuza, el licenciado León Pinelo , D. García de Salcedo Coronel, el P. M. Fr. Marcos Antonio Alegre y Casanate, D. Miguel Baptista de Lanuza, Lope de Vega, Sebastián de Alvarado y el P. Baltasar Gracián. Entre estos encomios descuella el soneto de D. Francisco Diego de Sayas, el cual llega á decir de Bartolomé :

«Que en él la fe de Tácito respira
Y Livio en leche su elocuencia extiende.
. . . . . .
. . . . . .
Digno, cual vos, de suceder en todo
A nuestro noble historiador primero.»

Si de la prosa de Bartolomé Leonardo pudo decir sin hipérbole uno de sus panegiristas que,

«En él la fe de Tácito respira,
Y Livio en leche su elocuencia extiende,»

es lo cierto que para la posteridad su gloria estriba en sus *Rimas*. No es posible en breve espacio dar idea de tal tesoro poético, y apenas me atrevería á solicitar indulgencia para esta última parte de mi discurso, si no hubiera de componerse casi toda ella de joyas y preseas suyas, engarzadas poco diestramente en el hilo de mi prosa.

He apuntado antes los caracteres comunes á los dos Argensolas, y aun pudiéramos añadir, á todos los poetas de la tierra donde ellos nacieron. Puede decirse, en tesis general, que siempre fué en Aragón más reflexivo y maduro el pensamiento, que viva, pródiga y opulenta la fantasía. Discútase en hora buena si los poetas de aquella región forman una verdadera escuela con teoría y práctica propias, pero nadie negará que los mejores, desde Marcial hasta nuestros días, propenden como por instinto al tono reposado y sentencioso. No nos descamine el ver al poeta de Calatayud arrastrar su bien nacida musa por los prostíbulos de la Roma imperial: él sabrá encontrar acentos de profunda dignidad moral, cuando, libre de la infección de aquella Sodoma, vuelva á los castos placeres de Bilbilis.

Son, pues, rasgos distintivos en los poetas de Aragón, y se reproducen con marcada insistencia en el transcurso de los siglos, la intención ética ó moralizadora, y la consideración del mundo y de las cosas humanas más bien por el lado grave que por el aspecto risueño. Y no se les acuse por

eso de imaginación pobre, enteca y apocada, pues á tal acusación responderá elocuentemente, entre otros mil trozos que pudiéramos citar, la elegantísima canción señalada con el número primero entre las de Bartolomé, trozo arrogante de poesía descriptiva y naturalista, que no parece imitado, sino arrancado de la sublime invocación del poema de Lucrecio:

«Tú, armado de ternezas y suspiros,
En los silvos del Zéfiro te arrojas,
Y en su espacioso diáfano sereno
Oyes dulces querellas y congoxas,
Y se encuentran recíprocos los tiros,
Que de néctar bañaste y de veneno.
Tal vez acudes al amado seno
De Ericyna, la cual te abraza y prende,
Y en su carro sentada, y tú en sus faldas,
Sembrando varias flores y guirnaldas,
Deja volar sus cisnes, y desciende,
Donde Adonis atiende
Á la robusta caza, y con mil bellas
Nymphas, lo busca, y lo regala entre ellas
Todo es amor y paz: las piedras aman,
Dando suspiros mudos, y las vides
En alegre silencio amor las casa
Con los soberbios álamos de Alcides;
Las flores se entretexen y se llaman,
Y su flecha las hiela y las abrasa,
. . . . . .
Y para ostentación de su deseo,
La pompa de la luz con que amanece,
Trémula resplandece
Sobre las ondas, y las rosas dora
Que tiñó con su púrpura la Aurora.
. . . . . .
La grande Alma del mundo, finalmente,
No cabe en sí, y á sus efectos torna,
Y se compone como esposa nueva.»
. . . . . .

Y aun serían nuevo testimonio contra la general opinión de seco y ceñudo, que sus sátiras han dado á Bartolomé, algunos de sus sonetos amorosos, v. gr., los que comienzan:

«Suelta el cabello al céfiro travieso.
.....
Ya el oro natural crespes ó extiendas.
..... .
Si amada quieres ser, Licoris, ama....»

Ni sólo en los versos de imitación toscana y petrarquista lozaneó el juvenil ingenio de Bartolomé Leonardo, que también dejó muestras de galante y cortesano discreteo en coplas á la antigua manera castellana, tales algunas de ellas que D. Diego de Mendoza ó Castillejo se hubieran honrado con que fuesen suyas. Tal es la epístola que principia:

«Señora del alma mía:
Parecéis Aurora bella,
Más hermosa que la Estrella
Y más luciente que el día.»

Pero todas estas y otras composiciones no menos ingeniosas y galanas, apenas merecen contarse sino por desenfados y bizarrías en el conjunto de las obras poéticas del canónigo Argensola. Ni está en estos juguetes, que tan fácil y espontáneamente se le caían de las manos y de la pluma, su verdadera madurez artística. Esta hay que buscarla siempre en sus sátiras y epístolas. Su carácter ya queda indicado: no es el tono familiar y ligero de la sátira horaciana, ni el inflamado acento de Juvenal, ni el sermón *estoico* de Persio, siempre oscuro y conceptuoso. De todos ellos hay algo en la manera de Bartolomé, que se distingue, no obstante, por

su tendencia, algo pedagógica, de dirección moral y de enseñanza, y por la entonación magistral que el poeta asume, dirigiéndose á sus nobles discípulos D. Nuño de Mendoza, D. Rodrigo Pacheco, marqués de Cerralbo, ó D. Francisco de Borja, príncipe de Esquilache. Para todos tiene consejos y advertencias, que degeneran á veces en asperísimas censuras y reprensiones. El noble carácter de Bartolomé Leonardo por un lado, su ciencia por otro, y, finalmente, su estado y condición de Sacerdote, le daban esta especie de gravedad moral y de *cura de almas*, que él ejercita. De aquí el desembozo y sin igual lisura con que da al vicio sus propios y nativos colores, sin rehuir la expresión desenvuelta y cruda, siempre que pueda contribuir á hacerle aborrecible. De aquí la prolijidad con que insiste en una misma idea, y la desmenuza, y presenta bajo diferentes aspectos, á fin de que el amigo á quien escribe se penetre de ella y no dude en llevarla á ejecución. Esto, unido á la facilidad para eslabonar tercetos, hace interminables estas sátiras, y no es otro su mayor defecto. Las flechas, por aguzadas que estén, en vez de ir derechas al blanco, parece como que se distraen en el camino, y llegan pesada y flojamente, perdida la mitad de la fuerza con la tardanza y los rodeos. Pero cuando acierta, ¿quién acierta como él? ¿De quién podremos citar tantos tercetos felices, acuñados como medallas antiguas, tantas expresiones perfectas, y que parecen únicas, tantos rasgos en que compiten lo profundo con lo valiente?

«¿Y tú entonces, Italia, en qué entendías?
Sólo en armar y en desarmar tiranos,
Ocupaciones naturales mías.
. . . . . .

Y tiemblas hoy debajo de su lanza,
Mirando el hierro de tu sangre tinto,
Dudosa entre el terror y la esperanza.
. . . . . .
En el oro mezclaban el veneno
Los tiranos de Grecia y de Sicilia:
Siempre el barro corrió inocente y bueno.»
. . . . . .

Y aquel admirable pasaje contra las dueñas, del cual ha dicho uno de nuestros compañeros que nunca dió la sátira castellana versos más originales, nutridos y pintorescos:

«Ni á vosotras, ¡oh tocas reverendas!
Autoridad y norte de la casa,
Ha de negar mi musa sus ofrendas:
Por vuestras manos su comercio pasa:
Los lechos conyugales, y aun las cunas
Mancilla vuestra industria ó las abrasa:
El agraz virginal de las alunas
Á las prensas arroja, aún no maduro,
Sin aguardar tardanzas importunas.
Desconyunta el candado, humilla el muro,
En la familia toda infunde sueño:
Introduce al adúltero seguro:
Ni un fiel ladrido, ni un rumor pequeño
Á su eficaz superstición se opone,
De las potencias absoluto dueño.
Pero no he de negar que aunque aficione
La inclinación al gusto, hay otra rueda
Superior que esta máquina compone:
La grave autoridad de la moneda,
Del áspero desdén nunca ofendida,
Porque jamás oyó respuesta aceda.»

Aun los críticos que no conceden á los Argensolas otra poesía que la poesía *de estilo*, tendrán que reconocer que en este trozo la perfección de estilo llega hasta la ver-

dadera belleza. Y como este trozo, hay muchos en la misma sátira:

«Dícesme, Nuño, que en la Corte quieres....»

que es, aunque larga y desigual, la primera y mejor de todas, superior, por mil razones, á la sátira de Juvenal sobre los inconvenientes de Roma *(urbis incommoda)*, que imita, y mucho más á la fría y aún insípida de Boileau, sobre los inconvenientes de París. Así Juvenal como Boileau, apenas se fijan más que en los inconvenientes materiales y en los tropiezos de las calles, al paso que Bartolomé Leonardo denuncia con severo espíritu todos los vicios de la educación cortesana de su tiempo. Hay trozos que parecen escritos en nuestros días:

«Tienen aquí jurisdicción expresa
Todos los vicios, y con mero imperio,
De ánimos juveniles hacen presa:
Juego, Mentira, Gula y Adulterio,
Fieros hijos del Ocio, y aun peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio.
.....
Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente.
.....
Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos.»

¿Y qué os diré de la pintura, eternamente viva y animada, de aquella dorada juventud:

«Que más por randas y almidón suspira
Que por la perdición de la Goleta?
.....

Convídale otro á visitar los senos
Desta gran población, de seda y oro,
Y de pinturas admirables llenos.
En esta Sala el Genovés vicioso,
Bañado en ámbar, las usuras vierte,
Ó en juego ó en convite deleitoso.
.....
Y allí, en brocado envuelta, la casada,
Por ignoto portillo introducida,
Del yugo marital se desenfada.
Su esposo es noble, y ella bien nacida;
Pero aquella paréntesis ¿qué importa,
En un discurso largo entremetida?
.....
De éste y otros secretos es abismo
El confidente amor de una vecina,
Que nunca ha cometido solecismo:
Esposa fué de un César Mesalina,
Y lámparas de bálsamo dejaba,
Techos de oro en la cumbre Palatina
Y al candil que en la casa un lenón daba....»
.....

Imposible transcribir lo demás de este terceto, en que Bartolomé Leonardo dejó atrás á Juvenal, como más adelante Quevedo á Bartolomé Leonardo. Saltemos unos cuantos versos, por consideración á las damas presentes, y prosigamos copiando:

«Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado,
¿Hay aquí autoridad que los evite?
Pues mira tú si un joven frecuentado
De los tales, podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado.
.....
¿Y habrá en los que profesan esta vida
Alguno que se precie de amor puro,
Que eleve el alma al dulce objeto unida?
¿Que salga en los alientos del seguro

Pecho, que con fineza heroica ahuyenta
La inclinación del apetito escuro?
Todo es torpeza, imperfección y afrenta,
Que estraga la salud, y en tiempo breve
La vida que en sus gustos se apacienta.

. . . . . .

No de caballos generosos gusta,
Para correr los montes y los valles
Del Belgio helado y de la Libia adusta,
Pero alaba sus bríos y sus talles,
Para sacar centellas de guijarros,
Cuando nos desempiedran nuestras calles.
Y no se correrán de andar bizarros
Con rostros opilados y sutiles,
Y quizá de comer cascos de barro.

. . . . . .

Pero vino á acostarse el vientre lleno
De pavo, y el cerebro se le abrasa
Del gran licor que se avivó al sereno;
Porque hizo media noche en cierta casa,
Hubo mimos, bailó la histrionisa
(Turba que en fiestas las tinieblas pasa):
Duerme, y antes que pida la camisa,
Ya son las doce, y pasará buen rato,
Y perdone el precepto de la misa.—
Pues ¡cuán digno es de ver el aparato,
La priesa y ceremonia que anda entre ellos,
Cuando se está vistiendo el mentecato!
Un ministro le crespa los cabellos,
Mientras que el otro allá formas inventa
(Más que las del panal) de abrir los cuellos.

. . . . . .

Todos andan vistiendo á Don Fulano,
Porque él, de flojo y lánguido, no puede
Á tales usos alargar la mano:
Ó piensa que es grandeza, y finge adrede
No saberse vestir, porque el aseo
Solamente á los siervos se concede.—

. . . . . .

De estos niños Madrid vive logrado,
Y de viejos tan frágiles como ellos,
Porque en la misma escuela se han criado:

Que cuando el tiempo, al fin, para vencellos,
Con no previsto invierno se incorpora,
Sus barbas plateando y sus cabellos,
Éste les pone luto, aquel los dora
Con fuego, baño y peine fementido,
Resistiendo á la fuerza vencedora:
¡Como si fuera injuria haber vivido
Ó el sol pudiera retener las riendas,
Ó infundir en sus ánimos olvido!—
.....
Mas dirás que no todos son ruines;
Que entre los vicios las virtudes nacen,
Como entre hiedras, rosas y jazmines.»

Podrá decirse que Horacio y Juvenal, tomadas sus sátiras en conjunto, valen más que Bartolomé; pero, salva la reverencia debida á los antiguos, no creo que los tercetos ya copiados y otros infinitos desmerecieran al lado de lo mejor de sus sátiras. ¡Qué brío en la pintura del usurero genovés *bañado en ámbar!* ¡Qué audacia de expresion al indicar aquella deshonra matrimonial «paréntesis introducida en un discurso largo!» ¡Qué cuadro el del joven *de opilado rostro*, que no gusta de caballos para peligrosas cazas ó para guerra, sino para *sacar centellas de guijarros*, desempedrando las calles de la corte! ¡Y qué selección en las rimas! ¡Qué gran versificador era en sus buenos momentos el Rector de Villahermosa!

El *humor* que domina en estas sátiras, suele parecerse al del *Misántropo* de Molière:

«Yo aborrezco el mentir: soneto malo,
Ni le alabo á su autor, ni se lo pido,
Aunque consista en ello mi regalo.»

Pero es injusticia notoria decir con Quintana que «estos poetas nunca amaron ni estimaron á nadie.» En el fondo

del carácter de Bartolomé Leonardo, como en el de Alcestes, hay un fondo de amistad y de benevolencia inextinguible. Siempre fué la ruda franqueza característica de los hijos de Aragón, pueblo, por otra parte, de los más honrados de la tierra. Así son los Argensolas, duros y ásperos en la corteza, pero llenos interiormente de caridad y unción y espíritu cristiano. Así nos lo muestran sus numerosas y bellísimas poesías religiosas, malamente desdeñadas por la crítica escéptica del siglo anterior.

Con ellas quiero terminar esta reseña crítica, puesto que nunca voló más alto el arte de los Argensolas, ni nunca corrió más brillante y fácil su inspiración que cuando se acercó á las sagradas aguas de la divina fuente de la vida, manantial perenne de consuelo, llama de amor y de puros y fervorosísimos afectos, á los cuales debe sus mejores páginas la literatura castellana. Oid á Bartolomé Leonardo celebrando *la Asunción de Nuestra Señora*, y decid si no fué injusto nuestro gran Quintana al negar arranque y vehemencia lírica al autor de estas estrofas, que verdaderamente parece que tienen alas:

«Mas luego conociendo
Vuestra figura rara,
Cual nube que con rayo queda abierta,
Se fué el cristal rompiendo,
Y en la materia clara
Quedó patente la sublime puerta:
Pareció descubierta
Vuestra faz, y al miralla,
Pacífica, apacible,
Aunque fuerte y terrible,
Como ejército á punto de batalla,
Alta, olorosa como
Ciprés, plátano, cedro y cinamomo,

Patriarcas, Profetas,
Las reverendas canas
Coronadas de lauro, os humillaban:
Las Vírgenes discretas,
Yendo ante vos ufanas,
Laurel, olivo y palmas levantaban.
Los mártires estaban
En gloria renovados,
Con las llagas recientes,
Aunque resplandecientes
(Trofeos á mil Príncipes ganados),
Y las ropas bañadas,
Con sangre del Cordero matizadas.»
.....

La oda *á San Miguel* es, por la extensión y por el tono, un verdadero canto épico, de majestad y elevación extraordinarias, con rasgos apocalípticos que ni Milton ni Klopstock hubieran desdeñado por suyos. Así exclama el Arcángel rebelado:

«Y las estrellas que hizo Dios mayores
Con pompa digna pisaré triunfante;
Sobre Aquilón levantaré mi asiento,
Y sobre el monte de su Testamento,
Al Altísimo mismo semejante.»
.....

Oigamos la descripción del combate de las angélicas y réprobas legiones:

«.... Parecieron
En los aires ejércitos formados,
Discurrir caballeros combatiendo,
De doradas estolas adornados:
Espadas y astas apiñadas vieron,
Y correr de caballos diligentes,
Y encuentros y batallas, y el ruído
Se oyó de los escudos y celadas,
El espantoso horror de las espadas,

Y el rechinar de flechas fué sentido,
Y en el aire esparcido
El resplandor de las lorigas de oro,
Que dió á Jerusalén cuidado y lloro.»
.....

¿Y quién negará que en Bartolomé Leonardo ardía el estro lírico, cuando le vea anunciar con esta esplendidez y gala la conversión de la Magdalena:

«Venid á ver de rosas y azucenas
Las montañas estériles más llenas,
Y un árbol seco revestido de hojas.
La planta antes inútil Dios cultiva,
Regada en su jardín con agua viva:
Es fructífera ya, y sus ramas bellas
Tocan continuamente en las estrellas.»

No hay cuerda en la lira religiosa que alguna vez no pulsara, y siempre como maestro, Bartolomé Leonardo. Unas veces recurre á los antiguos metros cortos, tan nacionales, fáciles y candorosos, y emulando la ternura de los *Pastores de Belén*, de Lope de Vega, canta la Natividad del Señor:

«Vos, gloriosa Madre,
Que le days el pecho,
Recogednos las perlas
Que vierte gimiendo,
Que por ser de sus ojos
No tienen precio.
Cuanto sus ojos miraren
Veremos fértil y lleno,
La tierra de alegres frutos,
De serenidad el cielo.»

Otras veces traduce, ó, más bien, renueva con singular talento los himnos y los cánticos de la Iglesia, el *Jesu, Corona Virginum*, el *Ad perennis vitae fontem*. En todas estas composiciones hay arte exquisito. Véase, por ejemplo, esta

descripción de la felicidad de los bienaventurados, traducida de una bellísima prosa de San Pedro Damiano:

«Ostenta su ciudad calles lucientes,
Donde compite el oro limpio y puro
Ó excede á los cristales transparentes.
. . . . . .
De eterna flor de rosas da un eterno
Verano, y de azucenas que blanquean
Y azafrán rubio en su cogollo tierno.
Allí el bálsamo suda, y hermosean
Su verdura los valles: los sembrados
Crecen, y arroyos de la miel que ondean.
. . . . . .
Que sus veces no altera allí la luna,
Ni el sol las suyas, ni de las estrellas,
El curso con mudanzas importunas.
Porque de la Ciudad dichosa, y dellas
Es el Cordero el Sol, que nunca esconde
El vivo adorno de sus luces bellas.
. . . . . .
De las mancillas de la carne puros
Ya ignoran sus batallas: antes ella
Aposentada en estos santos muros,
Queda espiritüal, sutil y bella,
Conforme con el alma: y de consuno
Lo que el alma sintió, siente con ella.»

Tales fueron los Argensolas: cristianos á toda ley, como españoles de entonces, aragoneses de pura cepa y limpia prosapia, almas fuertes y sanas, que ni quemaron incienso al poderoso ni adularon la licencia de la plebe. Hijo de voluntad firme y serena, que nunca procedió por ímpetus ni arrebatos, sino madura y reflexivamente, su arte es tan viril, tan maduro, tan sano y reflexivo como su vida. No juega entre flores, no halaga los sentidos, no busca las pompas del color ni los hechizos de la luz, no deslumbra los ojos; pero á veces penetra en lo más escondido del alma, y ahonda mu-

cho en la contemplación de los misterios interiores. No materializa el pensamiento, no se enamora del arte puro, no vive entre imágenes y alucinaciones; es un magisterio severo, una cátedra continua de educación robusta y cristiana. En la forma es pura y severamente clásica; pero ¡con cuánta independencia y con qué sentido tan amplio! Aconseja Bartolomé la continua lección de los antiguos, pero aconseja todavía más, y en magníficos versos por cierto, soltar las velas al ingenio propio, hasta que navegue en golfo tan remoto,

«Que no descubra sino mar y cielo.»

Esta misma soberana independencia suya le hace exclamar, dirigiéndose á los que componían centones de versos latinos, ó incrustaban en sus obras de taracea retazos de los antiguos:

«Con mármoles de nobles inscripciones,
Teatro un tiempo y aras, en Sagunto
Fabrican hoy tabernas y mesones.»

Pertrechado con esta amplísima doctrina literaria, Bartolomé Leonardo figuró entre los últimos conservadores del buen gusto y de la tradición antigua, y aunque no escribió directamente contra Góngora, como lo hicieron Pedro de Valencia y Jáuregui, manifestó en un soneto su aversión á los conceptistas:

«Si aspiras al laurel, muelle poeta,
La docta antigüedad tienes escrita:
La de Virgilio y la de Horacio imita,
Que el jugar del vocablo es triste seta.»

Así por sus defectos como por sus cualidades, es la poe-

sía de los Argensolas el tipo más cumplido y perfecto de la genialidad aragonesa. Ni correspondía otro arte que este, tan rígido, y en apariencia tan desnudo, antítesis viva del arte de los Lucanos y de los Góngoras, á un pueblo como el de Aragón, donde siempre han ejercido mayor influjo las grandes realidades de la vida que los risueños fantasmas de la imaginación. Pueblo de tan recia fibra, engendrador de conquistadores y de grandes ciudadanos, nunca gastó esta heroica fortaleza suya en empresas aventureras y baldías, sino en realizar el culto de la ley y de la justicia. Pueblo *jurídico*, en la más alta acepción de la frase, recuerda no poco la austera fisonomía del pueblo romano, y tiene, como él, en sus leyes la expresión más alta de su genio y el verdadero monumento de su gloria. Pero así como sería injusto negar aptitudes estéticas á los romanos, por más que parezca que todo lo absorbe y oscurece el gigantesco desarrollo de su derecho, no fuera menor injusticia negárselas á la patria de Marcial y de Prudencio y de entrambos Argensolas, de Juan de Verzosa y de Antonio Serón, de Pedro Liñán y de Fray Jerónimo de San José. Sólo que en Aragón, como en todas partes, la poesía ha tomado el sabor del terruño y el de la condición de sus moradores, revistiéndose, no de frívolas plumas, sino de hierro celtibérico, y mostrando en todo su ademán, fiereza de matrona estoica, legisladora y domadora de pueblos.

He dicho.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS

Entre las virtudes, verdaderas flores del alma, hay una, como la violeta, tan apocada y humilde que casi se arrastra por el suelo, tan tímida y pudorosa que esconde entre su follaje su pintada corola y su dulce aroma, como si le pesara que su fragancia la descubriese. Es esta virtud la modestia; y pienso yo, Sr. Académico, que ella os ha sugerido el equivocado concepto de que *habéis sido llamado al honroso puesto que vais á ocupar, no por otra razón que por el nombre que lleváis.*

No ciertamente; séame lícito, al par que respetar y aplaudir la moderación del pensamiento, rectificar los excesos de la expresión, y repetir lo que en este mismo recinto y desde puesto más alto tuve ocasión de manifestar. Los timbres heredados y los nombres gloriosos obtienen nuestra admiración, pero no nuestros votos; aquí, por el contrario, el que se precia de *manejar mazo y escoplo* [1] se sienta en igual lugar que el preclaro Condestable de Castilla; si el uno trae por la mano á *Los Amantes de Teruel* y á *Doña Mencía*, y el otro nos repite las valientes estrofas de la *Oda á las Artes* y

[1] Hartzenbusch. Epístola al marqués de Molins.

del *Llanto Conyugal;* el humilde voluntario que no alcanzó más divisa que los galones de cabo, y el caudillo que, llegado á la suprema jerarquía militar, ejerce, como si dijéramos, Vireinatos, departen amigablemente en el mismo escaño, el uno de los chistes de *Marcela* y de *La Batelera de Pasajes*, el otro de las hazañas del Tasso y de los suplicios del Dante; ni las instituciones parlamentarias y los poderes políticos nos inquietan más; que con igual balanza se pesan aquí todas las opiniones: y el orador insigne que renueva en la tribuna española los triunfos de Demóstenes y de Cicerón, de Pitt y de Mirabeau, se sienta lado á lado ó quizá hereda la silla del humilde estenógrafo que taquigrafió apresuradamente sus discursos.

Tened por cierto que si en apoyo de vuestra admisión se hubiesen puesto sobre nuestra mesa la corona ducal de don Alonso de Aragón, hijo de D. Juan II y primer duque de Villahermosa, ó el manto ensangrentado del Maestre de Montesa D. Felipe, su hijo [1], que á la vista de Fernando el Católico fué heroica y prematuramente muerto en el sitio de Baza; y se hubieran juntado á tales prendas los insignes vellones de Borgoña, que llevaran vuestros mayores; todo ello no os hubiese hecho heredar la silla que ocupó merecidamente el modestísimo Doctor Corral.

Aunque en abono de vuestra persona se hubiera recordado la protección que á veces y el culto que en ocasiones dieron al saber los de vuestra familia, en la cual *ha sido* (según decís con verdad y justicia) *tradición el honrar á las letras y á sus cultivadores;* aunque se hubiera alegado en apo-

[1] Lafuente Alcántara, *Historia de Granada*, cap. XVIII.

yo de vuestra candidatura, la canción de amores que allá á mediados del duodécimo siglo componía Alfonso II de Aragón, *el que trovó;* aunque se recordase la protección generosa que dieron á la gaya ciencia en el Consistorio de Barcelona D. Juan I y D. Martín; aunque se adujesen en favor vuestro los méritos de aquel Alfonso V el Magnánimo, que *axi nos ha despertat é mostrat camí de aprendre sabre é conseguir tant de bé y tresor.... especialment d' art oratoria é poesía;* aunque amén de eso se recordasen las dolientes trovas de aquel infelicísimo príncipe de Viana, hermano de vuestro abuelo el primer duque de Villahermosa : todo ello fuera en vano.

Menos le servirían á nuestro nuevo Académico para conquistar este puesto los cañones que D. Alfonso Felipe, tercer duque de Villahermosa , ganó en la guerra de Navarra y trajo á Pedrola ; y que, llevados luego á Zaragoza, en tiempo de sus alteraciones, tan caros costaron á su nieto don Hernando [1], Mecenas de los dos Argensolas ; ni valieran los mosquetes y la bandera ganada en San Quintín por D. Martín, hijo de D. Felipe; ni aprovecharan aquí los *asuntos de poesía*, y la *historia del linaje de los Gurreas* [2], que á manera de poema escribió el D. Felipe en trovas de arte mayor ; ni la Historia y antigüedad de los condes de Ribagorza [3] , de que fué también autor el mismo D. Felipe. Y fuera en vano recordar al mismo egregio D. Martín, cuarto Duque, á quien Felipe II llamaba *El Filósofo Aragonés* [4], con sobrada razón, por sus escritos, y más aún por su vida.

1 *Memorial de la causa del duque de Villahermosa.*
2 Lanuza, *Historias*, tomo II, pág. 120.
3 Latassa, tomo I, pág. 131.
4 Latassa, tomo I, pág. 393.

Hombre, en verdad, singular: tuvo filosofía bastante para elegir por esposa á una santa, más nacida para los altares que para los convites [1], y, sin embargo, él conservó atractivos tales, que una dama principal le siguió desde Flandes con librea de paje, dejando muy atrás de la realidad las escenas de *La esclava de su galán* [2]. Profesó estoicismo suficiente á ver la desastrosa muerte de dos de sus hijos, y alcanzó resignación cristiana para ofrecer estos dolores en una celda de su amado monasterio de Veruela [3].

Pero ni estas terribles vicisitudes de su azarosa vida, ni la tragedia de su primogénito [4], que aventaja en horror á los dramas de *Á secreto agravio secreta venganza* y *El Médico de su honra*, fueron poderosos á desvirtuar su *filosofía* cristiana ni su amor á las letras. Historiador, anticuario, pintor, poeta, afluente en idiomas, cultivador de las artes [5], podría legar á sus descendientes títulos para entrar en muchas academias, si para esto valiesen las herencias y tuviesen fuerza los mayorazgos.

Lo que sí parece estaba vinculado en su familia es el *amor á las letras y á sus cultivadores*, y á la par de esto sus desgracias inmerecidas.

En efecto: ya hemos dicho cómo tuvieron desastrosa muerte sus dos hijos D. Juan y D. Martín [6]. El que le sucedió inmediatamente D. Hernando, que era el segundogénito, con intención de dedicarse á la Iglesia, cursó brillantemente

1 Muniessa, *Vida de la V. duquesa de Villahermosa*, Zaragoza, 1691; Madrid, 1876, pág. 50.

2 Id., pág. 70.

3 *Historia de la Aparición de María Santísima de Veruela*.

4 Pidal, *Alteraciones de Aragón*, tomo I, páginas 74 y siguientes.

5 Latassa, tomo I, páginas 394 y siguientes.

6 Muniessa, pág. 103.

en Salamanca y se doctoró en Teología; pero arrastrado luego por las vicisitudes y alteraciones de tiempo de Antonio Pérez, no alcanzó la popularidad de los vencidos ni el premio de los vencedores, sino que, despojado de su condado de Ribagorza, confiscados sus bienes, perseguido y encausado de por vida, murió encarcelado. Á pesar de esto, tuvo serenidad y amor bastante para dejar preciosos escritos históricos de que hacen mérito Latassá en su biblioteca, Muniessa, Lanuza y el P. Murillo en sus obras.

Hermano de D. Hernando y último hijo del egregio don Martín fué D. Francisco, conde de Luna; preclaro escritor y aficionado como nuestro compañero á la clásica antigüedad, tradujo y comentó á Pomponio Mela. Recordando además las máximas del *Filósofo aragonés*, y testigo ya de la incipiente decadencia de nuestra Monarquía, escribió varios *Discursos políticos para la educación de un Príncipe* [1].

Y dejó, en fin, en sus *Comentarios de los sucesos de Aragón* en los años de 1591 y 1592 el más fehaciente documento de aquellos importantísimos acontecimientos y el testimonio más autorizado de tantas catástrofes.

Este escrito ha sido la guía principal que nuestro ilustre compañero el marqués de Pidal ha seguido en su historia de las *Alteraciones*; monumento imperecedero de su vasto saber y de su recto juicio.

Por desgracia, aún hoy permanece manuscrita la obra eximia del conde de Luna; y uno de los grandes servicios que á la literatura y á la historia prestará nuestro nuevo compañero es darla á la estampa dentro de poco.

[1] Latassa, Biblioteca.

En D. Hernando y D. Francisco acabó la rama de aquellos Gurreas tan nombrados en las crónicas aragonesas y que había cantado en su poema D. Alonso Felipe. La hija de D. Hernando, doña Luísa María de Aragón, séptima Duquesa, casó con D. Carlos de Borja, tío suyo, conde de Ficallo é hijo de San Francisco.

¿Fueron estos los Duques que hospedaron al ingenioso Hidalgo y á Sancho Panza? ¿Es Argensola aquel *grave eclesiástico* á quien tan severa respuesta dió D. Quijote? ¿Es Pedrola el palacio, Buenavía el bosque y Alcalá del Ebro la ínsula de que habla Cervantes? Pellicer piensa que sí, con buenas razones [1]: un eruditísimo Académico que nos escucha lo niega con razones también excelentes [2]. Sea de ello lo que quiera, y en el fundamento de que todo lo de la maravillosa novela es principalmente creación imaginativa, basta la afirmación de Pellicer, para deducir, no la realidad de la atribución, sino su verosimilitud, ó lo que viene á ser lo mismo, que en el Duque y en la Duquesa de aquella época concurrían las circunstancias de cultura y magnificencia que el inmortal libro tan admirablemente describe.

Pero ¿para qué extendernos en este particular? Tomados en cuenta todos aquellos méritos literarios de los antepasados del nuevo Académico, que son positivos y constantes, y aun admitidos como reales los imaginarios que la novela ó la crónica inventa ó abulta, pienso yo, ¿qué digo pienso?, estoy seguro que no hubieran logrado lo que él mismo cuando se presenta con la mejor traducción que existe en verso caste-

[1] Edición del *Quijote*, tomo III, pág. 445, nota 298 y otras.

[2] D. Aureliano Fernández-Guerra. Nuevas notas para ilustrar el *Quijote*

llano del mejor poema de Virgilio, y cuando con él nos enseña

«Cómo adquieren las mieses lozanía,
Bajo qué signo remover la tierra,
Qué cuidados los bueyes, qué de afanes
Los ganados requieren, qué de industria
Al labrar su panal la parca abeja.»

Bien recordáis, Señores, que el Académico é insigne trágico García de la Huerta, oyendo sólo el primer verso del poema de la Música, juzgó y sentenció, por cierto severamente, aquella obra predilecta del fabulista Iriarte. Pues bien: yo os confieso que cuando vi sólos estos primeros versos de la traducción de las *Geórgicas*, fallé (perdonádmelo), que la Academia atendería, no sólo á la estricta justicia, sino á la propia conveniencia, agregando al número de sus preclaros miembros al castizo, hábil y concienzudo traductor.

Y luego, examinando la obra toda, comparándola con otras versiones, y de especulación en especulación, trayendo á juicio libros y códices poéticos de Castilla y Aragón, la clásica historia que de las *Alteraciones* de aquel reino escribió nuestro Marqués de Pidal, y hasta nobiliarios y pergaminos, vine á deducir que el novísimo traductor, heredero de personajes ya ilustres en la historia literaria, ha ganado por sí mismo el laurel académico, el cual le pertenece, como dice el autor de *La Henriada:*

«*Et par droit de conquête, et par droit de naissance.*»

En resumen: pensé y pienso que la Academia ha obrado justa y útilmente, y que el elegido ha heredado y adquirido el puesto que va á ocupar.

Puntos serán estos dos que procuraré esclarecer si me lo consiente vuestra benevolencia y no me exigís una erudición de que carezco, y un orden que el estado mismo de mi ánimo no comporta.

En verdad, Señores, que la honra y el provecho no son tan incompatibles como reza el refrán; en verdad que la justicia y el interés personal no siempre están contrapuestos y reñidos; y, aun más bien, en muchas ocasiones se ayudan recíprocamente, y se hermanan y confunden. Sólo con el imperio de la justicia prosperan y se enriquecen los Estados; sólo dándola culto en el hogar doméstico se conserva la paz interior y se adquiere el respeto ajeno; y el individuo que en su conciencia atropella lo justo, conspira contra su honra, y tal vez en daño de su salud y de su vida.

Las corporaciones mismas, sólo procediendo en justicia, y no por pasión desapoderada, cumplen con los deberes para que fueron instituídas. ¿Y cuál es este deber, el fin primordial y honroso de nuestro instituto, sino el de conservar y engrandecer (en la medida de nuestras fuerzas) la nitidez y esplendor de la lengua castellana?

Ahora bien: yo me figuro á ésta como una bellísima y acaudalada matrona, de antiguo é hidalgo linaje, la cual, aunque por todos costados es nobilísima, prefiere aquel origen que la trae más gloriosos recuerdos y más considerable patrimonio.

Guarda nuestra lengua número no pequeño de nombres geográficos y vocablos comunes, que indican el país de donde vinieron nuestros mayores y la extensión del territorio que ocuparon. Los godos y los árabes dotaron á nuestra legislación, á nuestra agricultura, á nuestras artes, á otra

porción de ramos del humano saber, con un catálogo harto extenso de vocablos y locuciones: los últimos engalanaron además nuestra literatura, y aun nuestro lenguaje vulgar, con galas que nos distinguen de todos los pueblos neolatinos.

De estos pueblos tomamos asimismo en el transcurso del tiempo y de las vicisitudes, nombres áulicos, militares, marítimos y de otros géneros, que son otros tantos testimonios de nuestra extensa dominación y de nuestras gloriosas aunque carísimas conquistas.

Pero lengua ninguna ha legado tan rico caudal á la nuestra como el habla de Cicerón y de Virgilio: por eso la Academia Española tiene el grato deber de estudiar con preferencia el idioma que en nuestra Península ilustraron Séneca y Lucano, Quintiliano y Marcial, Pomponio Mela y Prudencio: necesita acudir á menudo á ellos para apreciar la legitimidad de etimologías, la nobleza de locuciones, la nitidez, en fin, y progreso de nuestro propio idioma.

Por eso desde su origen esta Asamblea, si bien ha buscado con afán y recibido con gozo á los helenistas, hebraizantes y arabistas, estableció primero como regla, y procuró luego por instinto, que hubiese en nuestra compañía personas dadas al especial estudio del idioma del Lacio, abriendo así el catálogo de insignes latinos, que comienza por Interián de Ayala, é inscribiendo á D. Juan de Iriarte y D. Manuel Valbuena, llega casi en nuestros días al obispo Amat, y á mi insigne maestro D. Alberto Lista.

La Academia, pues, atendió á su conveniencia, así como cumplió con la justicia, buscando entre los escritores contemporáneos uno que se dedicase al estudio de nuestra

lengua madre; que con perseverante afán y raro acierto, apartándose de los ejercicios y lecturas que más distraen, que no instruyen á los de su clase; no preocupándose con exclusiva intensidad de las cuestiones políticas, hubiese enriquecido el caudal de nuestra literatura patria con una cabal, difícil y elegante versión de las *Geórgicas* de Virgilio.

Ni cabe negar el acierto en la elección: Horacio, por decirlo así, el más clásico de los clásicos, el gran autor de quien dice Iriarte

«Que conservó á un tiempo mismo,
Siendo filósofo, ingenio:
Y siendo poeta, juicio,»

ha sido ya hábilmente traducido por nuestro Académico Burgos; nos sería, por tanto, menos útil, además de que las costumbres y vicios que describe en sus sátiras y epístolas no son ya de nuestro tiempo: los héroes que canta en sus odas, no son de nuestra historia; hasta los preceptos de sus leyes literarias, si no están derogados, han caído casi en desuso.

Nuestro amor y nuestra tristeza no se parecen al amor y á la tristeza de Ovidio; y algo semejante puede decirse de la mayor parte de aquellos grandes poetas: Virgilio mismo, en su *Eneida*, no nos admira con narraciones que no llegan á las epopeyas que hemos, por decirlo así, tocado, y de algunas de las cuales somos parte.

La gran empresa de fundar la gente romana, ¿qué es, comparada á la empresa de unir en eterno é indisoluble consorcio las dos ramas de la humanidad, separadas desde la creación?

Las hazañas y viajes del pío Eneas y de sus compañeros, ¿qué son, comparadas con la conquista pacífica del mártir del Gólgota y de los pobres pescadores de Galilea, los cuales con su sangre regeneran y purifican el mundo, y con su ignorancia enseñan á los doctos de todos los pueblos?

Este inconveniente, de que adolecen más ó menos todas las poesías paganas reproducidas en la sociedad cristiana, no comprende por cierto á las *Geórgicas*, cuya utilidad durará mientras esté en vigor la ley paradisíaca que manda al hombre ganar el pan y regar la tierra con el sudor de su frente.

Su encanto tendrá asimismo fuerza, mientras haya quien sienta placer....

«Cuando vuelve la nueva primavera
Y ya las nieves derretidas manan
Por las laderas de los canos montes;
Cuando al tibio alentar del blando viento
Se abren los tormos, y los tardos bueyes
Gimen dolientes bajo el duro arado.»

Ni le pesará al campesino su trabajo, porque sabe que

«Del labrador escucha el voto siempre
La tierra, que el calor y el denso frío
Siente alternando, y que su inmensa parva
Hará crujir las vigas del granero.»

Estas ligeras muestras, citadas con otro propósito, bastarían á probar que el estilo del traductor corresponde perfectamente con el de Virgilio, y que ni el uno ni el otro inciden en la vaguedad ampulosa y en la profusión de adornos que los críticos censuran en *Las Estaciones* de Thomson, ni

mucho menos en el prosaísmo vulgar de nuestro Salas en su *Observatorio Rústico;* y ciertamente no los comprendería bien quien pensase que se limitaba el vate mantuano á escribir un poema secamente didáctico, y lo calumniaría quien siquiera sospechase que el estudio de la naturaleza le contagiaba del *materialismo* que poetizó Lucrecio.

Antes bien por doquiera abunda el poema en ideas religiosas, en piadosos movimientos del corazón. Hemos visto en la cita anterior qué copiosa cosecha promete al diligente agricultor; pues veamos poco más adelante cómo le aconseja el tesón, la vigilancia, y ¿quién lo diria?, ¡la oración!.... ¡Cómo condena la envidia, vicio común en los campesinos, y aun amenaza á estos si se apartan del derecho camino, con aquel miserable estado á que llegó el hijo pródigo de la parábola evangélica!....

«Si armado del rastrillo no atormentas
La tierra con tesón, y si las aves
No espantas con chasquidos y con voces;
Si la lluvia no *pides en tus votos;*
Si no aclaras las sombras que rodean
Tus campos, con la hoz, ¡ah! será en vano
De tu vecino contemplar las parvas:
Y acallarás el hambre sacudiendo
La sacra encina del antiguo bosque.»

En otra parte dice:

«Empieza por honrar siempre á los dioses.»

Y luego, al terminar el libro primero, dirigiéndose á Augusto, quejándose de que diera sobrada atención á los honores humanos y pidiéndole que pusiese remedio en ciertos males, exclama:

«Hace tiempo, gran César, que los cielos
Envidiosos te miran, y lamentan
El verte ambicionar humanos lauros;
Que en la tierra, lo ves, andan revueltos
Lo injusto y la razón; sangrientas luchas
El mundo asuelan, y triunfante brilla
Del vicio infando la asquerosa imagen:
No es digno ya de honor el buen labriego:
Yermas se ven las antes ricas tierras
Que dejan á la fuerza los colonos.»

Terrible y veraz pintura de la decadencia ya iniciada en Roma, producida por la lujosa corrupción de las costumbres, y acelerada por las exacciones enormes de aquellos gobiernos.

Todo lo cual plegue á Dios apartar de las sociedades cristianas.

Fr. Luís de León traduce así este pasaje:

«Que veo ya que el cielo soberano
De ti nos tiene envidia, y se lamenta
Que más te ocupes, César, con lo humano.
Do en fuero ó desafuero ya no hay cuenta,
Do hierve en guerras todo, do el insano
Furor en tantas formas representa,
La esteva no se precia, los sembrados
Se yerman de cultores despojados.»

Basta esta ligera muestra para hacer cotejo de las dos traducciones. En cuanto á mí, por respeto al príncipe de nuestros antiguos líricos, diré solo que aplaudo el que no hubiese traducido más que el primero de los cuatro libros de las *Geórgicas*; porque me duele ver el poema de Virgilio fundido en el simétrico molde de la octava, y claveteado cada pensamiento con ocho consonantes.

Quisiera yo á este propósito citar otros pasajes que acre-

ditaran cumplidamente de qué manera el concienzudo traductor ha respetado, no sólo el fondo, sino copiado exteriormente la forma del poeta latino. No lo haré, sin embargo, ya por no abusar demasiado de vuestra indulgencia, ya para no dar lugar á que alguno crea que hay desigualdad en la versión, ó que llegue quizá hasta desconocer la índole misma del poema original. Así, por ejemplo, si yo copiase la magnífica descripción de la vida del labrador en el libro segundo *O fortunatos nimium*, habria quien pensara que Virgilio dejaba lo agrícola y daba en lo moralista: si al azar recordase en el libro cuarto la descripción y la historia del admirable reino de las abejas, no faltaría quien descubriera alusiones políticas, y, en fin, habría quien, si yo tomase del libro primero los prodigios que siguieron á la muerte de Julio César, tuviese al vate mantuano por fanático religioso.

Pero así y todo, no puedo resistir á la tentación de copiar del libro tercero un pasaje, que no tiene ninguno de estos inconvenientes; cuya admirable versión deleitará á latinos y castellanos, y cuya verdad puede constatar cualquiera que guste de visitar las vacadas que pacen los prados de Tablada, de la Muñoza ó de Colmenar Viejo.

«Sucede á veces que la vaca obliga
Con sus caricias á un combate duro
Á sus amantes con terribles armas:
Y mientras pace sosegada y sola
En los extensos apeninos bosques,
Ellos se incitan con bramidos sordos;
Duro combate con sus cuernos traban,
Hiérense ciegos, redoblando golpes,
Negruzca sangre de sus flancos brota,
Ligan sus frentes y sus cuernos crujen;
Fieros bramidos prolongando el bosque
Hasta el Olimpo por los aires llegan.

Ni se vió nunca que los dos que riñen
Puedan vivir en un común establo;
Huye el vencido, y á lejanos climas
Marcha confuso, lamentando siempre
Del vencedor los inhumanos golpes.
Su amor perdido sin venganza, siente;
Por vez postrera sus establos mira,
Y el reino deja do imperó su abuelo.
Procura en tanto duplicar sus bríos,
Y por la noche, sobre la pendiente
De áspera roca se recuesta insomne;
Pace tan sólo, cuando apunta el día,
Agrestes cardos y espinosos juncos.
Hace sus pruebas, y topando el tronco
Duro del árbol, con empuje ciego
Embiste al aire, do se pierde el golpe;
De sucio polvo levantando nubes
Con sus pezuñas que la tierra escarban,
Á nueva liza con ardor se apresta;
Cuando recobra su vigor perdido,
Mueve su enseña y al combate acude,
Y presuroso con furor embiste
Á su enemigo que olvidado pace.»

Señores Académicos, señores todos los que tenéis la fortuna de conservar en la memoria desde los juveniles años los magistrales versos de Virgilio y aun os acordáis de

Dulcibus illa quidem illecebris et saepe superbos....

decid cuán escrupulosa exactitud caracteriza la versión de nuestro nuevo compañero. ¿No es verdad que, clarísimo á la vez y grandilocuente, se ha mantenido en el medio que en estas obras es necesario? Más nimia y servil copia, lo hubiera hecho vulgar; mayor adorno rítmico ó lenguaje más figurado, le hubiera quitado el sabor antiguo, el carácter virgiliano que ennoblece la traducción; y si á esto aña-

dís que aquello mismo que el gran poeta teólogo del siglo XVI no hizo más que comenzar, el Duque lo ha terminado; y que con igual acierto ha vertido en nuestro idioma no pocas obras del triste Ovidio y del clásico Horacio, convendremos todos en que su elección no ha sido sólo motivada, sino justa y necesaria.

Si alguien conservase sobre esto escrúpulo, ó demandase ejemplo que lo autorice, permítame que yo le cite uno, tanto más adecuado, cuanto que asimismo se refiere á un traductor de las *Geórgicas*, y tanto más imparcial, cuanto que aconteció un siglo hace y en país extraño.

Se trata, Señores, de aquella célebre Academia fundada por Richelieu, que si no fué ni pudo ser maestra de la Española, fué por lo menos su primogénita, y en gran manera su modelo; aludo á la inmortal compañía en donde habían brillado Boileau y Racine. Los tiempos, en verdad, eran muy otros; al genio verdaderamente clásico de aquellos grandes maestros, había sucedido la exageración de los preceptistas, como la grandeza majestuosa de Luís XIV había degenerado en la ridídula cortesanía de Luís XV. Tiempo y corte aquella en que la nobleza del nacimiento era todo, y en que se llamaba *un homme de rien*, un hombre de nada, á quien no contase, verdaderos ó apócrifos, media docena de abuelos en los nobiliarios, y otros tantos cuarteles en su escudo. La Academia Francesa, en la cual Voltaire mandaba como soberano, se abría difícilmente á los literatos y poetas, y de par en par á los Duques y Obispos. En tan difícil oportunidad, se presentó á las puertas de la ilustre compañía un pobre joven, que ni siquiera podía decir quién fuese el autor de

sus días, un desvalido huérfano, que al nacer había sido arrancado á las caricias de su culpable madre: Jacobo Delille, en fin, que no traía más abolengo que su filial amor á los poetas latinos, ni más escudo de armas que su traducción de las *Geórgicas*.

Verdad es que Voltaire, el árbitro á la sazón de la literatura, el amigo y corresponsal de los soberanos, soberano él mismo de las Academias, pidió con instancia á la Francesa la admisión de Delille, y aun la obtuvo; pero Luís XV, más atento á las preocupaciones nobiliarias que al culto de las letras, no aprobó la elección, y el dulce poeta tuvo que esperar á que le dejase dos años después nueva vacante el célebre La Condamine, compañero insigne de nuestros sabios D. Jorge Juan y D. Antonio de Ulloa.

Tanto valor, Señores, han dado siempre las personas ilustradas en las naciones neo-latinas á las versiones fieles de los autores clásicos; tanta consideración han merecido constantemente (aun á pesar de sociedades preocupadas ó de Reyes mal aconsejados) aquellos hombres que han sabido engarzar en joyas de idiomas contemporáneos los diamantes preciosos de la antigua Roma.

¿Habrá, pues, alguno que exija que nuestra Academia, porque vive en época y en sociedad democráticas, sea con el ilustre duque de Villahermosa más severa, ó, por mejor decir, más injusta que la Academia de la aristocrática corte de Luis XV lo fué con el pobre expósito Delille, traductores ambos emeritísimos de las *Geórgicas?*

Pero ya que la corriente de mi desbordado discurso me ha llevado á la corte de Luís XV y á la influencia del filósofo de Ferney, pienso que no será ajeno á mi propósito, antes

bien oportuno para todos, y para el nuevo Académico provechoso, un recuerdo de aquellos tiempos [1].

Era á la sazón Embajador del piadoso rey D. Carlos III cerca de S. M. Cristianísima, el conde de Fuentes, D. J. J. Atanasio Pignatelli Moncayo y Fernández de Heredia, prócer aragonés : y vivían con él en su Hotel Soyecourt, rue de l'Université, dos jóvenes, también de las primeras y más ricas casas de aquel reino. El uno, su propio hijo, el marqués de Mora, yerno del conde de Aranda; el otro, D. Juan Pablo Aragón Azlor , duque de Villahermosa. Apasionados ambos de las letras y de los literatos, frecuentaban las sociedades, que en aquella época abundaban, en donde los poetas, los artistas, los grandes señores, los generales, y sobre todo los filósofos , preparaban (los más sin saberlo) las grandes catástrofes con que terminó el siglo XVIII. En la mayor parte de tales sociedades brillaba como astro de luz más grata, alguna dama que con sus gracias atraía á la concurrencia , alentaba á los adalides, y quizá endulzaba el veneno de las nuevas doctrinas. Á veces sucedía que rivalidades femeniles promovían excisiones y fraccionamientos, como los que hoy padecen los bandos políticos, y entonces, á manera de lo que acontece en las colmenas, una de las reinas se separaba y arrastraba tras sí un nuevo enjambre.

En la ruidosa excisión entre Mme. Du Deffant y su protegida Mlle. de L'Espinasse, el joven marqués de Mora siguió presuroso y fascinado á esta encantadora y apasionada sirena, la cual, según su propio dicho, *vivía solo para amar y necesitaba de amar para vivir.*

[1] *Correspondance de Mme. Du Deffant.—Lettres de Mlle. de L'Espinasse.*

Villahermosa, á lo que se deduce de cartas contemporáneas, no se apresuró tanto. En semejante excisión, fué Mlle. de L'Espinasse á morar con el enciclopedista académico D'Alembert, con el cual permaneció hasta su novelesca muerte, viviendo ambos, según los maldicientes, como mujer y marido, y, según luego demostró la evidencia, como pupila y tutor....; por supuesto, tutor burlado.

Los dos magnates aragoneses, una vez admitidos, influídos y mimados por aquella sociedad, hubieron de acomodarse á las exigencias de ella, y en un viaje de primavera de 1768, determinaron visitar al que se llamaba el Patriarca de Ferney; autorizáronse con una carta de D'Alembert en que hace excesivos elogios de Mora (el admirador de Mlle. de L'Espinasse), y confiesa que él no conocía á Villahermosa sino como amigo del otro [1].

Verificóse el viaje, y á su regreso á París fué el Duque portador de la respuesta de Voltaire á D'Alembert, en que le da cuenta de la visita, implorando del *Ser Supremo que derrame sus eternas bendiciones sobre su favorito Aranda, sobre su muy querido Mora, y sobre su bien amado Villahermosa* [2].

¿Quiere esto decir que los nobles españoles se hubieran contagiado del intolerante *deismo*, del fanatismo irreligioso ó de la burlona impiedad del autor de la *Poucelle?*

Diré con franqueza mi modo de pensar: con respecto al marqués de Mora, carezco de pruebas afirmativas ó negativas, ni las bibliotecas ni las bibliografías lo mencio-

[1] *Correspondencia de Voltaire con D'Alembert*, carta de éste, núm. 227, de 5 de Abril de 1768.

[2] Carta de Voltaire á D'Alembert, núm. 230. Ferney 1.° de Mayo de 1768.

nan, mientras que las biografías y las memorias contemporáneas lo presentan sólo como el Almaviva de la Rossina custodiada por D'Alembert. Mora vuelve á España, y deja en la aflicción más exagerada á su bella; regresa á Francia, y es sorprendido por la muerte en Burdeos en 1774. Mademoiselle de L'Espinasse, si no se consoló, procuró por lo menos hacerlo con el militar y poeta Guibert, bien que á la hora de su agonía disculpase su esquiva ingratitud con D'Alembert por su exclusivo amor al prócer español.

Con respecto á Villahermosa, que nos interesa mucho más en el caso presente, abundan datos para afirmar su inquebrantable adhesión á la doctrina y á la fe de sus mayores.

En primer lugar, cuando juntos frecuentaban Mora y él la sociedad parisiense, estaban guiados por distintas y opuestas estrellas; el primogénito del conde de Fuentes, como hemos visto, sentía el influjo poco sano de la amiga, discípula y casi pupila del filósofo enciclopedista: el Duque seguía la luz verdaderamente celestial de la hija del Embajador, y hermana de su amigo, doña María Manuela Pignatelli y Gonzaga, que fué poco después su mujer, recibiendo ambos la bendición nupcial del obispo de Orleans, en la capilla privada del palacio de Meung, el 20 de Junio del siguiente año 1769.

Aquella ilustre Duquesa, que levantó el palacio que hoy habitan sus descendientes en Madrid, fué hasta el fin de sus días modelo preclarísimo de cristianas virtudes.

En segundo lugar, cuando regresaron á España los nuevos consortes, vemos al Duque procurar con esmerado y ardiente celo el engrandecimiento de los templos de su pa-

tronato, adornar con cuadros de Bayeu y de otros pintores aragoneses su iglesia de Pedrola, y enriquecer con mármoles y bronces el sepulcro de su santa abuela doña Luísa de Borja, cuya vida, escrita por el jesuíta Muniessa, y publicada en Zaragoza en 1691, al centenario exacto de las Alteraciones, ha reimpreso en nuestros días su descendiente la discretísima y bella condesa de Guaqui. Pero volviendo al duque don Juan Pablo, unió además en favor de sus compatriotas los beneficios materiales y lucrativos á los espirituales y religiosos, y construyó á sus expensas un camino desde Navarra á Zaragoza por Alcalá del Ebro.

En cuanto á la vida literaria de ambos amigos, existe la misma diferencia: en tal asunto se observa absoluto silencio en lo que dice relación con el malogrado Mora durante su residencia en París; mientras de su compañero sabemos que tradujo al francés y presentó con gran aplauso á la Academia Francesa el *Criticón* de Gracián: que asimismo redujo á un cuerpo de historia y cronología las fábulas griegas, y que escribió otros varios estudios históricos y críticos.

Llamado á la Corte por su posición social y por el servicio del Rey, convirtió su casa en un verdadero Liceo, en donde se trataban y recíprocamente se estimulaban hombres de ciencia, literatos y artistas. D. Antonio de Ulloa, el marino; Bails, el matemático; Huerta, el poeta; Iriarte, el humanista; D. Vicente de los Rios, el crítico; D. Tomás Sánchez, el erudito; Tavira, el ilustre Prelado salmantino; Bayeu y Goya, los insignes pintores; Adam y Agreda, los escultores; Selma y Gil y Carmona, dulces y enérgicos grabadores; los arquitectos Villanueva y Rodríguez fre-

cuentaban su trato: Pellicer le dedica su *Ensayo de una biblioteca de traductores*, y consigna los progresos del Duque en la varia literatura, ciencias exactas, historia y artes liberales. Según otro bibliógrafo, su vasta instrucción dimanaba de la proporción de ver y estudiar países extranjeros, como lo hizo en la Corte imperial, estando en ella de Ministro plenipotenciario su tío D. Antonio de Azlor, y en su viaje á Alemania, anotando las observaciones de literatura y bellas artes dignas de memoria.

Infatigable en el trabajo, ameno en la conversación, espléndido en su porte, cariñoso en su trato, fiel y sincero en su amistad, no es extraño que fuese llamado con insistencia á las dos Academias, la de San Fernando y la Española.

En esta última fué nombrado por aclamación el 1.° de Julio de 1777, y el martes siguiente, 8 del mismo mes, tomó asiento, leyendo la oración gratulatoria, que agradó mucho, según consta en actas.

Al llegar á este punto, séame lícito un recuerdo de aquel insigne Académico, cuya silla inmerecidamente ocupo; recuerdo que será para todos de honra, y para su nieto de noble estímulo [1].

Guardan, sin duda, nuestros catálogos memoria de personajes que han ejercido mayor influencia política; allá en el origen de nuestra Academia, el gran marqués de Villena, su fundador, luego Carvajal y Lancaster y el duque de Alba y Campomanes y Jovellanos en los felices reinados de Fernando VI y de Carlos III; en los infelicísimos de Carlos IV y de Fernando VII, San Carlos y Lar-

1 Actas de la Academia, papeles de familia y *Gacetas de Madrid*.

dizábal. Á la aurora de nuestras instituciones modernas, Martínez de la Rosa, autor del Estatuto, y Olózaga del Código de 1837; Galiano el elocuentísimo tribuno, y Pidal el invencible discutidor, y Donoso Cortés el orador sublime. Hay, por otra parte, en la memoria popular nombres de mayor fama: Iriarte y Huerta, Meléndez Valdés y Gallego, Quintana y Arriaza, y los duques de Frías y de Rivas, y Vega, y Hartzenbusch, y Bretón de los Herreros, por no citar más que á los que ya no nos oyen.

Pero así y todo, no guardan nuestras actas testimonio de más puro celo, de más perseverante actividad, de laboriosidad más útil y modesta que la del duque de Villahermosa D. Juan Pablo de Aragón Azlor.

Admitido como he dicho en 11 de Julio de 1777, y partiendo para la embajada de Turín en 20 del mismo mes del año siguiente, en ese corto espacio asiste á sesenta y ocho juntas; en diez de ellas es ponente, toma parte muy activa en la adjudicación de premios en que fué laureado el poema de las Navas de Cortés, en la edición de la colección de poesías de D. T. A. Sánchez, y, lo que es más, en la publicación de la tercera edición de nuestro Diccionario, á la cual contribuyó copiosamente.

Al cabo de ocho años de ausencia, durante los cuales cuidó de aumentar la preciosa biblioteca que había comenzado á formar en París, y que franqueaba fraternalmente á todos, no sin enriquecer con preciosas dádivas la de la Academia, volvió á sus amados bancos.

Su actividad no había decaído, ni su celo se había entibiado con la edad; su constancia aragonesa no había cedido tampoco: así es que en los cinco años que le que-

daron de vida asistió á trescientas cincuenta juntas; fué ponente en ochenta y seis sesiones; en varias de ellas hizo de secretario, é intervino material é intelectualmente en la edición del Fuero Juzgo y en la discusión de la Gramática.

La Academia le hizo tan cumplida justicia, que apenas hay asunto de importancia ó de decoro para el docto instituto en que no le dé participación principalísima. Muchos podría citar, si el tiempo y la ocasión lo permitiesen: de uno, sin embargo, no puedo prescindir, porque por una parte es un esbozo del modo de ser y de obrar de nuestros antepasados, y por otra pone en claro la manera de pensar y de creer del ilustre predecesor del recipiendario, disipando cualquier duda que la malicia pudiera fundar en sus juveniles relaciones con los filósofos enciclopedistas.

Era atribución, ó, como entonces se decía, privilegio, de la Academia en toda ocasión fausta ó luctuosa para la Familia Real, presentarse al Monarca y ofrecerle el respetuoso homenaje de su pésame ó de su enhorabuena, con un discurso análogo, que de antemano se encargaba á uno de los más distinguidos Académicos, y que se veía, censuraba y aprobaba rigurosamente, dándolo luego á la estampa.

Pocas ocasiones, por cierto, pudieran ofrecerse más solemnes y dolorosas para la dinastía española de los Borbones que la llorada muerte de Carlos III. Así es que el llevar la voz de nuestro instituto al condolerse de la pérdida de tal Rey, y al saludar el advenimiento de su sucesor, era empresa cuanto difícil honrosa; y esta empresa fué encomendada al duque de Villahermosa y desempeñada con acierto tan grande, que su obra, aprobada y aplaudida entonces, puede servir hoy mismo de acabado y brevísimo modelo,

por la elevación de sus pensamientos, la majestad de su lenguaje, lo cordial de sus afectos, lo alto de sus doctrinas, y, sobre todo, por la sobriedad con que recorre y alaba lo mucho bueno de aquel gran reinado y la prudencia con que calla lo poco en él censurable.

Comienza así su arenga:

«Señor: [1] Después de las sensibles desgracias que en el breve espacio de quince días afligieron á la Real Familia y llenaron de un reverente temor á toda la nación, cuando empezaba á respirar buscando el alivio de tanta pena en la preciosa salud de su Rey, que resistía tan repetidos golpes con su religiosa piedad, la poderosa mano del Altísimo, que ha igualado en el nacer y el morir los cetros y los cayados; que tiene determinados desde su eternidad los días de todos los mortales; que se burla cuando quiere de la presunción del juicio humano, que fundada en cálculos y probabilidades quiere averiguar los sucesos, disipó nuestras esperanzas, llevándose á gozar de mejor reino al augusto padre de V. M., á nuestro amado Monarca Carlos III.

»Este, Señor, es el fúnebre y doloroso motivo que trae á los pies de V. M. á la Academia, que quisiera, sin renovar su aflicción, ver si es posible hallar alguna tregua á tan justo llanto en las circunstancias mismas que han acompañado á tan lastimoso acontecimiento.

»La constancia con que el glorioso soberano que lloramos previó que se acercaba el último momento de su vida; aquella tranquilidad con que animó piadoso á los mismos

[1] Oración de la Real Academia Española al Rey nuestro Señor.—En Madrid, imprenta de la Viuda de Ibarra, 1788.

que penetrados del más vivo dolor le asistían; aquella resignación con que pidió á los Santos, cuyos venerables cuerpos presentaron á su devoción, no la vida de que ya había hecho al Supremo Ser el más sincero sacrificio, sino el cuidado de su alma; estas consideraciones, ayudadas de la sólida religión de V. M., podrán ser de no pequeño alivio á su quebranto.

»Sí, Señor; un fin tan venturoso en el siempre temible pero necesario trance de la muerte, fué el premio de las virtudes de nuestro augusto Monarca, no sólo de las cristianas, sino de las morales, que en los Reyes se elevan á un grado de mérito muy superior, porque son el desempeño de las obligaciones de su dignidad suprema, y porque de ellas dimana la felicidad de sus pueblos.»

Ved aquí, Señores, consignada la intervención continua y directa de Dios en los actos de la humanidad y de cada hombre, el juicio final, la intercesión de los Bienaventurados, el culto de sus reliquias; una porción de verdades del dogma negadas ó escarnecidas por los volterianos, y al par de esto, elevado el cumplimiento del deber y las virtudes peculiares del oficio de Rey á la categoría de virtudes cristianas, merecedoras por tanto de premio eterno.

¡Y qué noble, sencillo y clarísimo lenguaje!.... Habla luego de los merecimientos del Rey, de su protección á las ciencias y á las artes, á la industria y al comercio: de sus desvelos por mejorar la táctica, la disciplina y la economía del aumentado ejército; del fomento de la marina; prefiriendo, sin embargo, siempre la paz á los costosos laureles de la guerra.

Menciona la fundación de los Museos, la apertura de benéficos canales y la construcción de difíciles caminos, la fundación de colonias agrícolas y de establecimientos de crédito ; y con un movimiento oratorio oportunísimo, añade, para concluir el elogio de Carlos III:

«Mas, Señor, ó sea porque los hombres no saben contener sus pasiones en sus justos límites, ó ya por un círculo inseparable de las vicisitudes humanas, tantas facilidades dadas á la industria, á las artes, y aun á las ciencias, fomentando el lujo, al mismo tiempo que elevan á muchos á la mas alta fortuna, abaten á otros á la más deplorable miseria. No se escondió al Rey esta verdad, y de ella tuvieron, sin duda, origen aquellas sabias providencias con que su paternal amor, previniendo los deseos de los necesitados, enriqueció los hospitales, fundó hospicios, instituyó juntas de caridad, sociedades patrióticas, y con que en la última epidemia repartió por toda España con tanta profusión los más eficaces y saludables socorros.»

Ahora bien, señor Académico: estos recuerdos que sin querer han acudido á mi mente y se han agolpado á mi pluma, no son para vuestra lisonja, sino para vuestro estímulo; para haceros en cierto modo más grato y sagrado este momento, más amiga y familiar esta compañía, en la cual era ya conocido y respetado el nombre de vuestro egregio abuelo; pero que os ha elegido, no porque sois su heredero, sino para que seáis su imitador.

Imitador no ciertamente en sus estudios y escritos, que en esto le lleváis tanta ventaja cuanta media de la ver-

sión en prosa del *Criticón* á la traducción en verso de las *Geórgicas*.

No en el amor á la patria y en el celo por el bien público, que tales méritos, sobre caer fuera de nuestra jurisdicción, os los tienen reconocidos y premiados vuestros compatricios de Aragón, enviándoos en repetidas elecciones al Congreso y al Senado.

Ni siquiera en cierto tesón independiente, liberal y austero en la conducta política, porque en esto (á decir verdad), frecuentemente os han visto vuestros colegas más imitador de los antiguos próceres aragoneses que de los contemporáneos parlamentarios españoles.

En lo que yo sí deseo y espero que imitéis, emuléis, y aun aventajéis, si es posible, á vuestro preclaro antepasado, es en la asidua asistencia, en el trabajo concienzudo y pronto, en el comercio frecuente, casi fraternal, con todos nosotros. Digo mal que espero; estoy de ello casi seguro; porque sé por experiencia que así como no se pregunta aquí al recién llegado si viene del taller del ebanista, ó del anfiteatro anatómico, ó del palacio del magnate, así viven dentro de este recinto amigos y hermanos los que fuera de aquí son Zegríes y Abencerrajes, Montescos y Capuletos.

Lugar bendito es este en donde las voluntades más discordes se adunan, y las pasiones más enfurecidas se amansan, y las distancias más grandes se acortan, y los brazos más armados se abrazan. Faro luminoso es nuestra diaria tarea, cuya luz brilla más cuanto más oscura es la noche en derredor suyo. Algún insigne escritor ha dicho que las Academias son como estufas, para que en atmósfera arti-

ficial vivan los gusanos de seda.... Sea en buen hora....; pero esos seres delicados que se encierran en su capullo, producen la hebra finísima del habla, que, como la seda, engalana las bellezas, adorna los altares y ondea en las banderas de la patria.... Gusanillo que mora primero encerrado en su capillo, crisálida después maravillosa, que revive en alas de sus escritos, para vivir en la inmortalidad.

Llego, Señores, al fin de mis desaliñados apuntes; y alguno me reprenderá el que nada he dicho de los Argensolas. Lo he hecho de intento, por dos poderosos motivos: el primero, porque nada hay, ó por lo menos nada sé que contestar, añadir, modificar ó suprimir en el acabado y perfecto estudio crítico-biográfico que habéis oído. Lo segundo, porque he creído, para vosotros más oportuno, y para mí más grato, en vez de hablar de los Argensolas protegidos, hablar de los Villahermosas protectores. ¿No son estos motivos suficientes? Pues añadiré otro que me es personal, personalísimo.

He querido pagar públicamente al hijo una deuda de gratitud que ha muchos años contraje con el padre.... con aquel D. José de Aragón Azlor, duque de Villahermosa, más que por sus blasones, ilustre por sus prendas: aquel patriota defensor de Zaragoza, valiente edecán del héroe Palafox, *Comandante del escuadrón* (sic) *de los almogávares aragoneses* [1], más de cinco años prisionero en Francia, luego Embajador allí mismo y en Portugal; amigo de Chateaubriand y de Lamartine, de Navarrete y de González Carvajal, Mecenas del arqueólogo artista Carderera, amparo del bibliófilo Eguren, protector también y compañero

[1] Hoja de servicios de D. José Antonio de Aragón Azlor, duque de Villahermosa.

en la Academia del arquitecto Aguado, de los escultores Álvarez y Solá y de los pintores López y Madrazo.

Varón singular, que supo unir en difícil consorcio el tesón aragonés con la cortesanía diplomática, y juntar en su persona la austeridad de un religioso con la magnificencia de un rico-hombre.

Él, Señores, fué el primero que me dió el juvenil regocijo de mostrarme en letras de molde mis pobres versos [1]: séame lícito pagar esta deuda á su hijo, siendo yo el primero que le salude en la Academia desde la silla misma que ocupó su abuelo. Séame perdonado el decirle, copiándome, que ha escuchado noble y seguido magníficamente el consejo que le daba, más hace de medio siglo, en los bancos del Seminario de Nobles cuando le preguntaba:

«¿Qué es, Marcelio, tu noble descendencia
Sin la luz del saber? Como la nave
De gallardetes mil empavesada,
De oro y plata cargada,
Con asiático lujo y opulencia
Que, falta de timón, guiar no sabe
Á rumbo cierto su tajante prora.
Si no le ilustra ciencia bienhechora,
¿De qué sirve tu claro nacimiento?
Lo que sirve al hinchado
Globo, subir al trono de la aurora,
Si luego, no guiado,
Con ímpetu violento,
Errante vaga á la merced del viento.»

[1] Impresos en casa de Aguado en 1831.

Madrid 19 Enero de 1884.

Binders
Gaylord Bros. Inc.
Makers
Syracuse, N. Y.

241100
LS
V7134d
Author Villahermosa, Marcelino, Duque de
Title Discursos leídos ante La Real Academia Española.
DATE.
NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU